

La Ilustración Artística

Año XIV

← BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1895 →

Núm. 727



UN ACCIDENTE DE LAS CORRIDAS DE TOROS, cuadro de José Jimenez Aranda

ADVERTENCIAS

Estamos terminando la impresión del tomo tercero de la importante obra *América. Historia de su colonización, dominación e independencia*, que oportunamente repartiremos a los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal**. Este tomo, como los anteriores, irá profusamente ilustrado con retratos, vistas, etc.

A aquellos de nuestros suscriptores que no tengan los dos primeros tomos de esta obra que tanta aceptación ha merecido, les recomendamos la adquisición de los mismos para que puedan incluir entre las de la **Biblioteca Universal** esta que indudablemente merece ser considerada como una de las más interesantes de las hasta ahora publicadas. A este efecto les ofrecemos dichos dos tomos al precio de cinco pesetas cada uno, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA.

Consecuentes en nuestro propósito de dar al primer número de cada año de **La Ilustración Artística** un carácter original é interesante, dedicaremos el correspondiente á 1.º de Enero de 1896 á todos los jefes de Estado europeos y americanos que lo han sido en lo que va del presente siglo.

A pesar de las dificultades grandísimas que hemos encontrado en la realización de este pensamiento, hemos conseguido reunir casi todos los materiales que para dicho número necesitábamos, no habiendo perdonado esfuerzo ni omitido sacrificio alguno á fin de obtener los centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos en los Estados de Europa y América, acudiendo para ello á los archivos, centros, casas editoriales, consulados, legaciones y aun á los mismos presidentes de las Repúblicas americanas. Gracias á ello, podemos ofrecer un número de verdadera importancia por su interés histórico y artístico, que no dudamos merecerá el aplauso de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. D. Casto Méndez Núñez*, por Federico Montaldo. — *Tipos madrileños. La vendedora de paraguas*, por F. Moreno Godino. — *El pintor Andrés Achenbach*, por Juan Fastenrath. — *La pareja de enamorados*, por Víctor Said Arnesto. — *Nuestros grabados.* — *Abandonada*, novela original de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La fotografía de los colores. Un nuevo procedimiento.* — *El laboratorio de ensayos mecánicos en Charlottenburgo.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Un incidente de las corridas de toros*, cuadro de José Jiménez Aranda. — *D. Casto Méndez Núñez.* — *Tipos madrileños. La vendedora de paraguas*, dibujo de N. Méndez Brínga. — *Barcelona. Embarque de los batallones de Barbastro y cazadores de Mérida, expedicionarios á Cuba, el día 23 de Noviembre último. Aspecto del muelle de la Barceloneta, en donde se efectuó el embarque.* — *El vapor «Colón» en donde se embarcaron el día 23 de Noviembre último los batallones de Barbastro y cazadores de Mérida, expedicionarios á Cuba (de fotografías de Xatart).* — *Bajo los castaños*, cuadro de Carlos Girón (Salón del Campo de Marte de París de 1895). — *La oración*, cuadro de Gabriel Max. — *Alejandro Dumas*, ilustre novelista y autor dramático francés fallecido en Marly el 27 de Noviembre último. — *¡Pueblos de Europa, defended vuestros bienes más preciosos!*, dibujo de Hernán Knackfuss, según un croquis del actual emperador de Alemania. — *D. Carlos III*, busto en mármol de Juan Pascual de Mena (reproducción en bronce de D. Federico Masriera). — *Cabeza de estudio*, dibujo de Hanns Fechner. — *Constantinopla. El puente de Kara-Keni, visto desde Estambul (de fotografía).* — *El Excmo. Sr. D. Julio de Urbina, marqués de Cabriñana (de fotografía).* — La ilustre novelista francesa *Henry Greville*.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Absorción del espíritu europeo por la cuestión de Oriente. — Ensueños. — Realidades. — Temores á una guerra universal. — El discurso último de lord Salisbury sobre Turquía y Armenia. — Movimiento antisemítico de Austria. — Los sucesos de Agram y los croatas de Hungría. — Bautizo griego en Bulgaria del príncipe niño Boris. — Pretensiones rusas. — Conclusión.

I

No pueden apartarse los ojos del Oriente. Sus conmociones profundas habrán de sacudir todo el viejo mundo; los miasmas de guerra despedidos por sus discordias civiles, de apestar todo el aire nuestro. Lo grave de la crisis y lo supremo de las circunstancias se revelan en la depresión sufrida por todos los va-

lores públicos y en el terror sobrepuesto á todos los mercados europeos. Parece como que suena el tañido á muerto por la Bizancio musulmana y el repique á resurrección por la Bizancio helénica. Un hecho así trascendería de suyo al género humano y al globo terráqueo. Ver la cruz de Justiniano reemplazando en la rotonda de Santa Sofía el nefasto signo de la media luna, que recuerda el nombre y memoria de Ostman; oír las campanas del cristianismo donde ahora se oyen los muezines de Alá; reanimar los cirios extintos y asistir al *Tedéum* sublime, á la solemne y apocalíptica hora de partirse para siempre los mahometanos últimos desde las orillas del Bósforo á las tierras del Asia; todo esto sólo tendría una equivalencia histórica en aquel momento de cerrarse para siempre los templos de la diosa Victoria en Roma y subir los mártires cristianos desde los abismos de las catacumbas á los altos del Capitolio. Pero se le abren á uno las carnes cuando evoca todas las tragedias que pueden surgir entre nosotros y todas las catástrofes que sobre nosotros pueden caer al reparto de los ricos restos que dejaría en Oriente la retirada de los turcos y la exaltación de los cristianos. Semejante guerra por tal manzana de discordia se parecería mucho á un choque de razas, á un encuentro de astros. La tremenda expiación de Tiro, de Cartago, de Jerusalén reproduciría con seguridad á nuestros ojos en Estambul: no saldría el sultán de Constantinopla sin reproducir en matanzas é incendios las últimas noches en que reinaron Baltasar y Sardanápalo. Así nos preguntamos: ¿qué será de nosotros si Rusia por un lado y Austria por otro; si los esclavos que rodean á Constantinopla y los griegos que guardaron por siglos la herencia de Constantino; si los albaneses turcos y los epirotas griegos; si los feudos cristianos convertidos en reinos, al caer Bizancio, quieren repartirse los despojos é incendiar el suelo y el aire con las teas de una guerra universal? Por dicha ningún gobierno desconoce las terribles consecuencias de un hecho tan grave y magno, apercibiéndose todos, si no á conjurarlos para siempre, á remitirlos para más tarde. El último discurso de lord Salisbury en la cena de aquel corregidor londinense ha calmado mucho las grandes agitaciones recientes y traído una relativa paz en la opinión. Aunque algo haya dicho del ocaso de la media luna en Europa y de la probable desaparición del imperio turco en Bizancio, atenuó seguidamente los temerarios asertos con la rotunda é irrefragable afirmación de que para todo se hallan acordes las grandes potencias firmantes del tratado de Berlín é interesadas en la solución inmediata de los problemas orientales. Nosotros dudamos del acuerdo supremo y definitivo entre tan heterogéneos factores; mas con el horror invencible que sentimos á la guerra, esperamos un pacto, ya expreso, ya tácito, en evitación de males mayores. Tal como se hallan los elementos europeos, una discordia podría traer la guerra más espantosa, y una guerra concluir con todos los progresos del planeta y asombrar todos los espacios del cielo y del espíritu. Así no hay más remedio que seguir con atención y estudiar con cuidado cuantos hechos pasan por Armenia, en cuyas manos está hoy el nudo de lo porvenir. Y aunque anticipe juicios antes de recordar ideas, no puede tranquilizar á ningún amigo de la paz humana el aspecto presentado en este instante por Armenia, y por las razas que allí residen, y por los ejércitos que la guarnecen.

II

Bien es cierto que la totalidad de nuestra Europa oriental se halla en idéntica tenaz agitación. Todo lo podíamos creer del tiempo y período que atravesamos ahora, menos la inverosimilitud inexplicable de traernos aquellas coleras antiguas religiosas, cuyo rescoldo imaginábamos extinto con la extinción de los tribunales erigidos antaño para defender la fe oficial de cada Estado por el hierro y el fuego. Pero se han desmentido nuestras esperanzas, aunque no haya marrado nuestra seguridad en el humano progreso. Alemania, la nación que pretende haber hecho más por la cultura europea, nos impele atrás en punto de tal trascendencia universal como la tolerancia religiosa. Un pastor, adscrito á la Iglesia fundada por Lutero, Iglesia que se dice de libérrimo examen y de continuo progreso, el pastor Sker, ha querido poner los judíos fuera de la ley como en los tiempos bárbaros de la maldecida Edad media. Parecía este propósito caprichosa manía de un supersticioso emperado en resucitar lo antiguo. Pero ha corrido el pensamiento antisemítico cual un reguero de pólvora por todos los territorios del Oriente y por todo el Mediodía de Alemania. Cuando yo veo los progresistas rumanos, con cuya confraternidad se honrará siempre la democracia europea, oponerse á la emancipación

de los judíos, sobre todo de los judíos orientales, porque á los de origen occidental ó español más los estiman y consideran siempre, no puedo menos de afligirme y entristecerme á la desesperante lentitud con que los ideales y el verbo de la justicia se avivan y encarnan en la rebelde realidad. Pues lo de Rumanía es tortas y pan pintado en comparación de lo que Austria hoy presencia. Predica en los círculos de Viena, en los periódicos, en el Parlamento, contra la tolerancia religiosa un tribuno de cierta garrulidad, llamado Leuger, proponiendo sistemática persecución á los judíos. Ya que no puede hacer otra cosa, por impedirse el espíritu de nuestra edad y la letra de nuestras leyes modernas, obtiene que se llegue á esgrimir contra los judíos todo el matalotaje de la vienesa administración municipal. Y Viena designa este intolerante como alcalde primero de su municipio. Y ante tamaña elección increíble, un terror al retroceso religioso nos asalta y sobrecoge á todos cuantos amamos la humana libertad y creemos el mayor de los bienes su pacífico graduado desarrollo en las instituciones y en los códigos. De tal sentimiento participa el mesurado y circunspecto emperador de Austria, mostrándolo así al ejercer un veto que posee por las leyes para impedir, cuando le plazca, tamaños nombramientos. Pues reelegirá de nuevo al audaz burgomaestre y harán los vieneses de semejante cuestión personal una enorme cuestión política. Así han llevado ya sus turbas á las calles, sus diputados al Congreso. Nada menos que dentro del palacio imperial, en sus jardines y patios, se han visto manifestantes protestando contra la medida del emperador, y en las tribunas del Parlamento austriaco han sido las protestas por tal modo vivas y los gritos por tal modo fragorosos, que se han despejado las tribunas, se ha cubierto el presidente, se ha levantado la sesión. Y nadie sabe ya en qué habrán de quedar estas misas.

III

Si fuese Austria únicamente la nerviosa y agitada, vaya en gracia. Pero la marea sube y sube por todas partes en Oriente. Allí hay muchos Estados; mas ninguno ha todavía constituido nación. Mientras en Occidente los celtas y los sajones y los normandos han á una hecho Inglaterra, y los galos y los francos y los latinos á una hecho Francia, y los iberos y los celtas y los celtíberos y los romanos hecho España; en Oriente se hallan, por ejemplo, húngaros, croatas, esclavones de todas procedencias, antiguas gentes trajanadas bajo un mismo gobierno, sobre un mismo territorio, y no pueden de manera ninguna constituir ó componer, como nosotros, una verdadera nación. Ha visitado este otoño el emperador de Austria, Francisco José, Agram, capital del Estado á que podemos llamar Esclavonia por excelencia, ó sea Croacia, y se han vuelto sus estudiantes, en manifestaciones ruidosas y en descatos meditados, no sólo contra la bandera que significa la unidad nacional, contra la bandera húngara, contra la bandera que significa sus afinidades íntimas de raza, contra la bandera servia. Nosotros todavía comprendemos el que los croatas, destinados en lo antiguo á montar la guardia de Pesth, de Venecia, de Milán, asistidos alguna que otra vez por los rusos, para retenerlos en servidumbre, se revuelvan airadados contra Hungría, la cual, no solamente ha conquistado su libertad propia, le ha impuesto su natural supremacía hoy á sus antiguos enemigos. Pero el desacato de los croatas al pabellón servio, que les recuerda sus orígenes y sangre, no lo comprendemos, sino por competencias ó intereses, ya mercantiles, ya territoriales, que, siendo causas segundas é inferiores de conflicto, se sobrepone á las causas generales y primeras. Tampoco entiendo cómo los encrespados búlgaros libran esperanzas de captarse á Rusia con el bautizo griego de un heredero tan incierto de aquella corona como el niño príncipe Boris. Para el czar no tienen las cuestiones religiosas de los eslavos meridionales el interés que las cuestiones políticas. Ya saben allá en Petesburgo muy bien que los búlgaros cambian más de religión que de camisa. En los tiempos que nos parecen viejos, magüer próximos, en los tiempos de Pío IX y Napoleón III se hubieran hecho católicos, de andar un poco mejor informados y un poco más listos, así el emperador como el Papa. Rusia pide, no un bautizo griego del niño; pide que Fernando Coburgo, jefe del pueblo búlgaro, se le someta ó abdi-que. No acabaríamos nunca si hubiéramos de recordar cuantos gérmenes hay de agitación en Oriente. Que no pasen á guerra inmediata debemos pedir al cielo, pues encontramos escasísimas esperanzas en la tierra.

Madrid, 20 de noviembre de 1895.



SEMBLANZA

Cuando un hombre logra abarcar los límites de su existencia y llegar al término de ésta, rodeado del respeto y de la admiración de sus conciudadanos, aun habiendo prodigado aquél su reputación y su prestigio en toda suerte de arriesgadas empresas; cuando el nombre del héroe vivo llega á constituir como una especie de grito de guerra, en el que van envueltas las ideas de honor y patria, para sus contemporáneos todos, así para los de la propia como para los de extrañas tierras, y resuena en la plaza pública coreado de vítores delirantes, y se pronuncia en los Parlamentos entre aplausos entusiastas, y en víspera de acción se evoca por extranjero almirante, como medio de enardecer los ánimos de su gente en la batalla; cuando el recuerdo de ese mismo héroe muerto sirve como de símbolo y compendio honroso, digno de perdurable conservación y ejemplaridad....

Cuando todo esto ocurre, bien puede asegurarse, sin incurrir en patrioterías exageraciones, más perjudiciales, á las veces, que el más desconfiado de los escepticismos, que aquel personaje es una figura excepcional, digna de que en ella, en sus hechos y en su carácter, se fijen para perpetua memoria, fecunda en provechosas enseñanzas, los pensamientos de las gentes todas, para confortarse en las luchas de la vida, y en especial, para tomar punto de arranque en sus impulsos, la atención de aquellos hombres privilegiados que por la eminente posición que ocupan y por las eximias cualidades que les adornan, son los llamados á guiar los pueblos, elevándolos á los apogeos luminosos de la gloria.

D. Casto Méndez Núñez personifica una de esas grandes figuras.

Vivió muy poco tiempo, 45 años, y admira ver cómo en 30 no cumplidos de servicios (á los 16 fué aprobado de guardia marina), pudo prestarlos tan importantes y numerosos cuales son los que llenan su biografía: los ascensos rápidos, las condecoraciones más preciadas, las menciones honrosas, el sable de honor y otros objetos ofrecidos al héroe y costeados por sus compañeros de la armada; cuanto constituye el blasón preclaro con que una nación puede distinguir al hijo predilecto, todo lo mereció y todo lo obtuvo, quedando á su favor, empero, un remanente tan grande de mérito personal, reconocido é irremunerado, que el agradecimiento nacional vió todavía, y siempre, en Méndez Núñez al héroe modesto, muy inferior en posición oficial efectiva á los merecimientos atesorados, hasta tal punto que el papel que suele desempeñar la envidia alrededor de todos los grandes hombres, como el esclavo en Roma junto al general triunfante, desempeñólo la admiración detrás de Méndez Núñez, encontrando siempre, por órgano de la voz pública, exiguo el galardón para servir de equitativo premio al bien ganado timbre.

Y apenas cae sobre la tumba del marino la losa funeral que encierra su cadáver, abre sus páginas la historia y en ellas consigna ardientes ditirambos á la memoria del héroe que fué; la estatua perenne se yergue en Vigo, y resplandecen lápidas conmemorativas en diferentes puntos, y reciben el nombre del muerto ilustre desde la calleja humilde de apartada aldea, hasta el acorazado poderoso que ha de llevarlo en la férrea popa á través de los mares, como firme sostén de la lejana patria y como fianza propia del pabellón que ondea en el combate.

Era Méndez Núñez, cuando, capitán de navío, salió de Cádiz en 1865, mandando la *Numancia* - mo-

mento que debió considerar como el más halagüeño hasta entonces de su vida, - un hombre de estatura menos que mediana, complexión robusta y aspecto varonil; rostro de facciones vigorosas y tez morena, de expresión animada y reflexiva juntamente, al que formaban marco correctísimo cabello y patillas de color castaño, bien cuidados y abundosos. Tenía la voz de sonido agudo, sin subir hasta el tono desagradable de la atiplada, y su palabra, castiza de ordinario, expresaba los pensamientos con precisión y brevedad poco comunes en esta tierra nuestra; era tan afecto á decir sin ambages ni rodeos cuanto debía decir, como enemigo era de los discursos preparados, en que antes que á la verdad suele rendirse culto á la retórica y primero á lo convencional que á lo positivo é inmanente.

Hombre de movimientos decididos y de ánimo resuelto, que cumplía perseverante los planes maduramente concebidos, por graves y arduos que fueran, quedó elegido sin discusión para el mando de la fragata blindada que envió España á reforzar las fuerzas navales suyas que en las aguas remotas del Pacífico hallábanse empeñadas en desigual contienda con las formidables plazas fuertes y escuadras de Chile y del Perú. La *Numancia*, antes de llegar á los mares de batalla, tenía que abordar y resolver un problema técnico importantísimo: el de realizar la más larga navegación que hasta entonces hubiera rendido un acorazado, material que empezaba á flotar por aquel tiempo, acometiéndose por primera vez en buques de su clase el paso pavoroso del estrecho de Magallanes, tan difícil siempre.

Para este «paso honroso,» digno competidor de los más renombrados de la historia y aun de la leyenda, fué designado capitán de navío Méndez Núñez, que á la sazón desempeñaba un cargo burocrático en el ministerio de Marina y se dedicaba al estudio y traducción de trabajos ingleses de náutica.

Cierto es que D. Casto, como se le llamaba, parecía moderno en la escala de su clase para desempeñar aquel mando preferente, pues había ascendido á dicho empleo el año 62; pero también es cierto que ninguno de sus compañeros había tenido ocasión de reunir en su historial respectivo hechos tan culminantes como los que ostentaba el de Méndez Núñez.

El viaje de la goleta de su mando *Cruz* (1853), saliendo de Cádiz para la Habana bajo un temporal deshecho y cuando buques nacionales y extranjeros, de mayor porte y mejores condiciones marinerías, buscaban allí un refugio entrando de arribada.

El ataque de la *cotta* de Palangaran (1860), en el que embiste al fuerte visayo, varando su buque en el fango, metiendo el bauprés por la brecha que abre al choque y lanzándose seguido de sus marinos por el improvisado puente, para caer como una tromba en medio de los atónitos enemigos, que mueren, huyen ó se rinden.

El combate con sólo su débil cañonero de 30 hombres de dotación, arrojándose como un rayo contra más de 300 piratas joloanos, mandados por el prestigioso *datto* Paulimataupan y tripulando cinco grandes barcos de aquellos suyos, que tan admirablemente manejan y conducen: la derrota de aquellos fanáticos rabiosos fué completa, rindiéndose el *datto*, entregándose los barcos que lograron salvarse, recobrando la libertad numerosos cautivos cristianos que en ellos bogaban y alcanzando las armas españolas una gran victoria moral y material con pérdidas por nuestra parte muy escasas.

Estos tres hechos y otros varios análogos que podríamos citar, son los que decidieron la elección de

Méndez Núñez para el mando expuestísimo de la *Numancia*. Pasado felizmente, con aquella fortuna más hija de la previsión atenta que del azar fortuito, que se nota en todos los actos de Méndez Núñez, el estrecho de Magallanes, llegaron juntas á conocimiento del comandante afortunado dos noticias muy honrosas ambas para él, pero que debieron poner en grave conflicto la modestia reconocida del caudillo: por una de ellas se le ascendía al empleo de brigadier; por la otra se le confería el mando de la escuadra, vacante por fallecimiento del general Pareja, que hasta entonces lo desempeñara, y que se había suicidado, rendido por la pesadumbre de la responsabilidad que consigo llevaba tan difícil cargo.

Ambas novedades fueron perfectamente recibidas, en cambio, por el personal todo de la escuadra, y pronto los hechos confirmaron, así lo acertado del nombramiento como los nuevos ánimos que el jefe nuevo fundía en todos sus valerosos subordinados. El poema de valor y sufrimiento escrito por aquellos valientes iba á ofrecer los caracteres grandiosos de lo épico.

LA REINA, EL GOBIERNO, ESPAÑA Y YO, PREFERIMOS TENER HONRA SIN BARCOS, QUE BARCOS SIN HONRA, dice el almirante dirigiéndose al gobierno de Chile.

SI OS INTERPONÉIS ENTRE LA CIUDAD Y MIS BUQUES, ME BATIRÉ CON TODOS, exclama con tanta sencillez como firmeza, respondiendo al veto que pretendían oponer los almirantes inglés, francés y norteamericano al bombardeo de Valparaíso.

VOY Á LA MAR, contesta sin más explicaciones, á las capciosas preguntas del almirante Rodgers, que intentaba penetrar los planes bélicos del almirante español...

Y á todas estas hermosas frases, reveladoras elocuentes de un temperamento heroico, sigue el combate del Callao, más heroico aún, porque allí todos fueron héroes, en el cual barcos débiles, escasos de recursos, tripulados por gentes sometidas á los desgastes de cuerpo y alma propios de una campaña larguísima y penosa, á 4.000 leguas de la patria y á 1.500 del punto más próximo donde reparar averías y repostarse, se baten durante cuatro horas contra fortalezas y artillería potentes, bien guarnecidas y manejada, y rescatando el honor nacional comprometido; pero consiguiéndolo al precio cruel de averías de entidad en todos los buques, reparadas de modo provisional con los recursos de á bordo, únicos disponibles, y de 38 muertos y 150 heridos, entre los cuales figura el general con ocho lesiones graves, ganadas en el puente de la capitana.

Así ganó Méndez Núñez su empleo de contraalmirante, ó jefe de escuadra, como se decía entonces.

No es ocasión la presente de remover pasadas diferencias entre pueblos hermanos; baste repetir que, dadas aquellas circunstancias, el almirante Méndez Núñez cumplió con exceso sus patrióticos deberes, poniéndose con alientos sublimes á la altura de la responsabilidad inmensa que sobre él pesaba...

Al valor del soldado, uníase en Méndez Núñez la serenidad de juicio y la claridad de concepción del estadista. Hallábase el almirante al frente de la escuadra del Pacífico, cuando llegó hasta él la nueva de haber triunfado en la metrópoli la revolución famosa de Septiembre (1868). La proclama que con este motivo dirigió Méndez Núñez á las fuerzas que mandaba, es modelo de discreción y sobriedad: son las palabras de un verdadero soldado, ajeno por completo á la política, servidor incondicional de la patria y fiel acatador é intérprete de la voluntad nacional.

Uno de los primeros actos de aquel gobierno provisional, ansioso de conservar la popularidad que le asistía, fué ascender á teniente general (vicealmirante) al héroe popularísimo del Callao, disponiendo á la vez su regreso á España; pero éste, como si presintiera su próximo fin y quisiera demostrar, poniendo digno coronamiento á su carrera brillantísima, que aún era la modestia el supremo juez de sus aspiraciones, renunció el ascenso en una comunicación muy notable y muy rara, pues estos escritos renunciando empleos son muy raros en todas partes, cuyo es el párrafo siguiente:

«Reconozco, Excmo. Sr., que los gobiernos tienen el deber de remunerar con premios extraordinarios á los que sacrificando la tranquilidad de su vida en aras del servicio del país, contribuyen, cada uno en su esfera, á elevarlo y asegurar su felicidad. Pero mis servicios, cualquiera que sea la calificación que pueda aplicárseles, están más que sobradamente recompensados, no sólo desde el punto de vista de los empleos y condecoraciones, sino también desde otro que tiene mucho mayor valor para todo hombre de buenos sentimientos. La aprobación unánime de la opinión pública, Excmo. Sr., y la conciencia de haber hecho lo posible para merecerla, son la más grata recompensa del buen ciudadano, y ambicioso por demás sería yo, si no me considerase bien premiado en ese concepto.»

El gobierno admitió esta renuncia en un decreto muy laudatorio que, por desgracia, es casi único en su clase.

Y poco tiempo después se extinguió el almirante como mueren los buenos, con aquella muerte tranquila descrita por Bello:

Aleccionado por el alma fuerte
y con el cuerpo exhausto, ¡bienvenida!
dicen mis fríos labios á la muerte
y siento en calma resbalar la vida...

Agotadas las fuerzas físicas por las heridas, por las privaciones de todo linaje, por el reflejo deprimente de las tensiones rudas del espíritu; pero vivo éste y en toda la integridad de sus brillantes facultades, retiróse el héroe á su país natal, á Pontevedra, donde falleció á las cinco de la mañana del día 21 de agosto de 1869.

Aquella Diputación provincial costeó suntuosos funerales en sufragio del héroe, cuyo cadáver permaneció expuesto tres días en la capilla ardiente, instalada en la iglesia de la Peregrina, la Virgen de las constantes devociones del héroe, la misma á la que enviaba desde Filipinas, sin olvidarla en los fragores de los combates, grandes valvas de moluscos gigantes, para que sirvieran de pilas del agua bendita.

Hoy reposan los restos del héroe en el panteón de marinos ilustres de San Fernando, y nadie, al penetrar en aquel recinto augusto, donde aparecen como en sagrado nimbo, sublime evocación de lo pasado, los nombres venerandos de numerosos marinos muertos, nadie deja de descubrirse con respeto y de formular una plegaria ante el sarcófago que encierra los fúnebres despojos del malogrado almirante Méndez Núñez; del español insigne que supo unir en sí las glorias militares y las cívicas, siendo general invicto en los combates de la guerra y ciudadano modelo en las luchas y pasiones de la vida.

FEDERICO MONTALDO

TIPOS MADRILEÑOS

LA VENDEDORA DE PARAGUAS

El antiguo ex matador de toros y sin par banderillero Angel López Regatero, á quien todo Madrid conoce, decía hace muchos años:

«Cayetano Sanz y yo éramos unos pobres zapateros: nos hemos echado al toreo, Dios nos lo ha agradecido, y ahora podemos gastar paraguas y botas de charol.»

Esta frase prueba que por aquel entonces, el paraguas era una prenda casi de lujo y que sólo ciertas clases podían usarle.

Así era, en efecto. Exceptuando á los gallegos, que no pueden vivir sin un paraguas (generalmente encarnado) y dos ó tres litigios, en el resto de España los pobres no tenían paraguas. Con esto ha sucedido lo que con el teatro: antes, las funciones completas no estaban al alcance de todas las fortunas; ahora, las subdivisiones en piezas en un acto, ó sea el género chico, facilitan el asistir á menudo á representaciones escénicas hasta á los pobres menesterosos de solemnidad.

El recreo ha ganado lo que el Arte ha perdido.

Antes, es decir, hasta hará unos treinta años, los paraguas sólo se vendían en tiendas lujosas, y costa-

ban caros; bien es verdad que entonces eran buenos y servían para el uso á que se les destina, mientras que ahora..., ahora dan lugar á añagazas, timos é ilusiones.

La invención del paraguas se pierde en la noche de los tiempos prehistóricos. Hay quien supone que fué inventado por Nemrot, el primer cazador, que cansado de sufrir los chaparrones á que su afición le exponía, ideó un aparato contra la lluvia, que llevaba atado sobre los hombros. Esto, no obstante su antigüedad, pareceme más ingenioso, más cómodo y menos expuesto á percances que el método actual de llevar el paraguas en la mano, porque éste (no me atrevo á decir artefacto, puesto que es una mueca de la estética) podrá ser todo lo útil que se quiera, pero es incómodo y aun peligroso, hasta el punto de hacer aborrecibles á ciertos hombres y repugnantes á las mujeres que no se cuidan de levantarle cuando le llevan abierto, y van por esas calles estropeando los sombreros á los transeuntes y metiéndoles las ballenas por los ojos.

El paraguas, abierto parece un siniestro rombo cabalístico, cerrado se asemeja al terrible pulpo descrito por Víctor Hugo. Es la nube de la civilización, y lo malo es que no hay con qué sustituirle. Los madrileños antiparaguistas creímos que el impermeable iba á matar al paraguas, y bendijimos á los primeros *encapuchados* que se dejaron ver. ¡Ilusión! Los sayones subsisten, pero llevan paraguas.

Y lo malo es que la nube se condensa. Yo supongo que pasará el furor del ciclismo, pero el uso del paraguas va á ser tan eterno como los chaparrones que el cielo nos propina. Todo parisiense es un hombre ó mujer paraguas, y lo mismo va á suceder en Madrid, donde, después de una sequía relativa de algunos años, vuelve á llover tanto ó más que en la capital del mundo civilizado, al decir de los franceses.

El paraguas, pues, se ha vulgarizado á la par del periódico: *in illo tempore*, las publicaciones de la prensa sólo salían de la redacción para ir á casa de los suscriptores, hoy día pululan por calles y plazas.

Un periódico de los más acreditados cuesta cinco céntimos, así como un paraguas de los más inservibles seis reales de vellón.

Y dicho se está que así como ahora hay muchos que se ganan la vida expendiendo *papel*, hailos innumerables que ejercen la industria de vender paraguas.

La existencia del periódico callejero dura veinticuatro horas: la del *paraguas á seis reales* suele ser más efímera.

El paraguas barato, así como la novela por entregas, constituye un timo á ojos vistas. El suscriptor de novelas *chorrea* insensiblemente un sinnúmero de céntimos para reunir comúnmente un libro malo: el comprador de paraguas económicos gasta en ellos al cabo del año una cantidad con la cual podría comprar un paraguas decente: bien es verdad que obtiene la satisfacción de mojarse á intervalos.

Durante la pertinaz sequía de Madrid en verano, los paraguas yacen arrinconados; pues durante el calor, al que más y al que menos le gusta remojarse un poco con los fugaces chaparrones; mas no bien soplan las primeras brisas de otoño, inúndase la heroica villa de vendedores callejeros de paraguas. El número de estos, me refiero á los vendedores, es tan innumerable como el de las estrellas del cielo que se descubren á la simple vista: pululan por todas partes: á mí me parece que hay más vendedores que gentes que puedan comprar su mercancía. Hailos á todas las horas; pero desde el anochecer se multiplican, por aquello, sin duda, de que de noche todos los gatos son pardos y todos los paraguas buenos.

Pero este comercio antiacuático es explotado por muchas más mujeres que hombres; hase observado que en todas las transacciones callejeras el bello sexo vende más, probablemente porque el comprador se deja engañar más fácilmente por *ellas*. En las que venden paraguas se nota una particularidad: la mayor parte son jóvenes ó niñas. Es una clase decente en general; mas sucede á veces que mientras el comprador alza los ojos para examinar la bóveda del paraguas abierto, una mano sutil se introduce en los bolsillos de aquél.

¡Qué misterios los de la venta de paraguas, especialmente de noche! Examínase el artefacto: no se ve ni el más mínimo rayo de luz que se filtre á través de la tela, y sin embargo, á la primera mojadura aparecen en ella mil puntos brillantes que son otros tantos agujeros. Las ballenas, que en un principio parecen serlo, resultan luego hechas de una materia desconocida, y el palo central pintado y reluciente, quedase después descascarado como una vara de fresno.

Las vendedoras de paraguas acostumbran á ir des- tocadas, como para probar que bajo el que abren,

cuando llueve, están al abrigo de la lluvia, y con este motivo gastan toda su hacienda en pagar peñadoras. Suelen hacer fortuna: yo conozco tres que se han elevado.

A una de ellas le sobrevino la suerte por la extraña combinación del vino y del agua, como sucede á muchos taberneros.

Una anochecer bajaba por el Postigo de San Martín un joven elegante, aunque con sombrero cordobés. Iba cantando en voz baja y dando traspiés, lo cual probaba que no venía de ninguna biblioteca. Poco antes de llegar á la calle del Arenal, y precisamente cuando empezaba á llover, oyó una voz juvenil y bien timbrada que gritaba.

«¡Paraguas de seda á seis reales!»

Detúvose el transeunte frente á la vendedora, inclinóse hacia ella para verla mejor, con la impertinencia peculiar al que está... *excitado*, y prorrumpió en la siguiente *soledad*, parodia de una copla andaluza:

¡Paraguaitas á seis reales!
No quiero yo los paraguas,
Que quiero á la que los trae.

- ¡Cómprame usted uno, señorito!

- Vaya por uno.

El joven tomó el primer paraguas que le ofreció la vendedora, y le dió un duro, diciendo:

«La vuelta para café.»

Luego quiso irse al bulto, pero la muchacha se alejó más que de prisa.

El comprador pertenecía á una buena familia de Jerez. Su hermano mayor había sido elegido diputado á Cortes, y aquel día habíase celebrado la elección con cacería y banquete en Romanillos. El vino tiene efluvios anacreónticos, y el joven andaluz buscó con insistencia en los días subsiguientes á la vendedora de paraguas. Eclipse total. Por fin una noche vió en los portales de la plaza Mayor á una vieja que también expendía antidotos contra la lluvia.

- Diga usted, señora, ¿conoce usted á una vendedora joven, muy guapa, que se ponía en el Postigo de San Martín?

- ¿La Concha?

- La perla digo yo.

- Mucho que la conozco: es de mi vecindad.

- ¿No sabe usted dónde anda?

- Ha estado malucha estos días, pero ya sale á la venta. Ahora se pone en la *prazuela* del Angel, junto al Círculo *melitar*.

- Pues voy á ver si la encuentro.

- Oiga usted, señorito, si va usted con mal fin, se lleva chasco. La Concha es *mu* buena y *mu* juiciosa. Cómprame usted un paraguas.

El joven compró uno y dió medio duro por él.

Ignoro los trámites de la historia, pero los supongo. La linda vendedora debía ser, en efecto, honrada y además ladina. Supo capotear á su pretendiente; éste se *encampanó*, como dicen en Andalucía, y se casó con ella.

Ahora es una de las estrellas de primera magnitud de los salones de Jerez de la Frontera.

¡Cosas del mundo!

Suprimo otros ejemplos por no ser prolijo.

Eduardo Inza, de grata memoria, llevaba la estética de los paraguas que se vendían en Madrid. El año de 1879 se vendieron (según averiguaciones, probablemente fantásticas, del susodicho) doscientos veintitrés mil paraguas: este número pareceme excesivo, aunque bien considerado, no lo sería si todos comprasen paraguas callejeros:

Porque un día es la vida del paraguas,
si una noche la edad de las estrellas.

Los periódicos baratos han matado al romance de ciego, los teatros de género chico hacen languidecer á los de género grande, los casinos merman la vida de los cafés, y ciertos bazares que se han achicado matarán de seguro la industria de la venta callejera de paraguas.

Sépanlo ustedes: desde este otoño, por primera vez, vendense en tiendas y bazares paraguas ínfimos. Un establecimiento ofrece siempre más garantía: es de suponer que un género que se ostenta en anaqueles no estará tan deteriorado como el que se ofrece entre sombras. ¿Quién, pues, va á comprar de hoy en adelante paraguas á la intemperie?

El paraguas es una fatalidad de la civilización, puesto que ésta no quiere realizar el bello ideal de poblaciones con soportales en todas sus vías de comunicación, como las hay en Madrid en la plaza Mayor y en París en la calle de Rívoli.

Este sencillo procedimiento sería un paladión contra el calor, el frío, la nieve, el agua y sobre todo contra el paraguas.

F. MORENO GODINO



TIPOS MADRILEÑOS.-LA VENDEDORA DE PARAGUAS, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)

EL PINTOR ANDRÉS ACHENBACH

España se ufana con un joven pintor, el valenciano D. Joaquín Sorolla, que sin dejar de aprender, fué siempre Sorolla, y que ganó medallas con los cuadros titulados *¡Aún dicen que el pescado es caro!* y *La vuelta de la pesca*, en los que el color es todo lo jugoso que puede desearse, y la ejecución amplia, fácil y de primera mano. Pero Alemania y particularmente Düsseldorf se precian de un pintor veterano, eternamente joven, que acaba de celebrar su octogésimo cumpleaños y las bodas de oro de su actividad continua en la ciudad del arte de un modo nunca visto en los centros artísticos, festejándose en él un modelo, un símbolo del arte, un hombre de la fuerza y de la valentía que puede pronunciar las palabras altivas *¡Jamás moriré!*; un genio que hizo historia y halló nuevos caminos, dando el grito de batalla *¡Volvamos á la naturaleza!*, haciéndonos sentir la vida de los elementos en su grandeza terrible, sujetando su mágico pincel el arroyo atronador, el vuelo de las nubes, la cima y la selva azotadas por la tempestad.

La reputación universal de que goza en el día la patria de Cornelius y de Heine como ciudad del arte, es debido sobre todo á las grandes cualidades de *Andrés Achenbach*, ese maestro fecundísimo de los paisistas, ese artista dotado como el que más de la prodigiosa facultad de representar el universo; que con igual maestría sabe pintar agua y nieve, arquitectura y hombres, y que se distingue por el sentimiento peregrino, así de la más íntima impresión poética, como de la más poderosa fuerza elemental, y por el colorido más fino, en el que no le aventaja á veces sino su hermano Oswald Achenbach, el inspirado pintor de las bellezas de Italia. El talento de *Andrés* desarrollóse bajo la influencia de las obras de Lessing y de Schirmer con tan pasmosa rapidez, que ya en 1831 el *Kunstverein*, de Düsseldorf, compró su primer lienzo representando el edificio de la Academia y la plaza del Castillo, poblada de figuras características de la antes residencia electoral. Después de haber recorrido la Holanda y las costas bálticas de 1832 á 1833, excitó la admiración por sus primeras marinas. En 1835 se llevó de Suecia y Noruega un inmenso é interesante acopio de estudios, y en 1839 salió otra vez para Noruega, alcanzando en Düsseldorf los más señalados triunfos por sus magníficas marinas y paisajes de la naturaleza septentrional. En 1843 y 1844 conoció también la naturaleza meridional, pasando á Italia después de haber abrazado el catolicismo. De regreso á la patria, el sacerdote de la naturaleza creó un género especial, el paisaje de Westfalia. Pero la marina no dejaba de ser su creación predilecta. A veces trataba de imitar la índole de los antiguos maestros, como la de Van der Neer en sus vistas de canales y la de Ruisdael en sus cascadas y robles.

La biografía de *Andrés Achenbach* puede escribirse en cuatro líneas, dibujarse con cuatro rasgos. Es la biografía del que trabaja sin detenerse un instante, ni desmayar un segundo hasta conseguir sus propósitos; es la biografía del que toda su vida es una continua demostración del sentido que encierra la conocida frase *querer es poder*.

Nació *Andrés Achenbach* el 29 de septiembre de 1815 en Cassel, siendo su padre comerciante que buscaba la fortuna más que ésta á él, pasando en su vida nómada de Cassel á Mannheim, de Mannheim á San Petersburgo, de San Petersburgo á Düsseldorf, la hermosa ciudad de los pintores, donde, por fin, se fijó en 1823, estableciendo una fábrica de vinagre. En 1827 ingresó *Andrés* en la Academia de Bellas Artes que Prusia había heredado de los príncipes del gran ducado de Berg. Por aquel entonces el director de la Academia se llamaba Schadow. Dicen que éste había quitado toda esperanza al joven *Andrés* por no tener talento ninguno. Y quiso el capricho de la fortuna que hoy viva el patriarca del arte en la misma casa que habitaba su maestro inclemente. *Andrés* fué discípulo de la Academia durante ocho años. Se hizo el centro del humor de Düsseldorf y de la sátira, siendo en su mano el resto del cigarro á menudo el instrumento del humor avasallador en la pared de la taberna de Paffrath en la Bolkerstrasse. Ha dejado de existir la confitería sita en el mercado, cuyo salón formaba una galería de pruebas del humor del alegre *Andrés*. La iglesia de San Lamberto de Düsseldorf guarda detrás de su altar mayor un memorable cuadro del gran artista, representando los cuatro patronos de la iglesia. Quizás la mejor de sus obras, por la factura y por el colorido, es *La pérdida del vapor «el Presidente»* en alta mar por montes de hielo. Aquella creación conmovedora de la imaginación del artista nos recuerda los desastres de la marina española de guerra, las horribles calamidades del cañonero *Filipinas*, del crucero *Reina Regente*, del

Gravina, del cañonero *Tajo*, del acorazado el *María Teresa*, del crucero *Sánchez Barcáiztegui* y del *Cristóbal Colón*. ¡Qué lista tan larga de catástrofes! ¡Virgen pura, María Santísima, en los naufragios *stella maris* en quien cifra su amor España, refugio santo, faro de bienandanza, luz de venturas, emblema de la esperanza bendita, éxtasis del alma, hacia ti elevamos nuestros vehementes ruegos, te contamos nuestras penas y te enviamos nuestras lágrimas y nuestros suspiros, apiádate de tu España, disipa las sombras medrosas, ahuyenta los demonios que se complacen en perturbar y destruir la Armada española en este siglo!

Mientras en España todo es luto y aflicción por tantos reveses navales, siendo la desgracia el monstruo que se coloca en el timón de los buques españoles para que choquen, embarranquen ó desaparezcan, Düsseldorf, haciendo derroche de alborozo, se iba prendiendo con espléndidas galas para festejar al maestro que tantas veces pintaba la rudeza de la vida del marino, la grandeza de su lucha diaria con el mar, la inseguridad de su existencia, combatida por las tormentas.

El día 29 de septiembre de 1895 era un día de fiesta para toda la ciudad; el entusiasmo inflamaba los corazones, todo revelaba dicha, todo era contento aquel día delicioso de otoño, la Schadowstrasse se había convertido en una *via triumphalis*.

Ya la víspera de su jubileo se celebró al artista eminente, el hijo adoptivo de Düsseldorf, el doctor honorario de la universidad de Bonn, con una marcha á las antorchas, en la que, precedidos de cuerpos de música, tomaban parte numerosos artistas, de pie ó montados á caballo, ostentando trajes pintorescos y formando una cabalgata espléndida que producía un efecto fantástico con la luz de las antorchas. El cortejo llegó á la casa del maestro, vióse éste en medio de su familia, siendo saludado por el orfeón de Düsseldorf y por los vítores y los vivas del inmenso concurso, confundiendo infinitos de corazones en un solo aliento, en el amor á *Achenbach*, que sin que el juicio parezca exagerado, es el mejor dotado de los pintores alemanes de marinas en este siglo. Los homenajes acompañaban al héroe de la fiesta al *Malkasten*, la mansión hospitalaria y elegante de los artistas de Düsseldorf, construída en el jardín del famoso Jacobi. El salón estaba adornado con aquel lujo de arte decorativo de que ya han dado tantas pruebas los artistas de Düsseldorf. En la escena se presentó en un transparente pintado de mano maestra la figura gigante de *Achenbach*, pronunciando un discurso en elogio de éste el más elocuente de los oradores del *Malkasten*, que llamaba á los hermanos *Andrés* y *Oswald* los *Alfa* y *Omega* de los artistas düsseldorfianos. Siguiéron alocuciones de los delegados de Berlín, Munich y otras ciudades. Al día siguiente recibió *Andrés* los homenajes entusiastas de las Academias y los saludos de la universidad de Bonn, y fué obsequiado por el emperador Guillermo II con la reproducción de un cuadro de Lenbach que representa al emperador en traje de coracero. Concluyó la fiesta con una loa escrita por el laureado poeta del *Malkasten*, el ex capitán Henoumont. ¡Feliz quien como *Achenbach* ha dado nuevo brillo al antiguo timbre del arte rhiniano, y quien desde la atalaya de su ancianidad puede mirar con ojos lúcidos y con una satisfacción sin segunda tantos años riquísimos en obras maestras y considerarse cual fuente de la fuerza espiritual de tantos afectos!

JUAN FASTENRATH

LA PAREJA DE ENAMORADOS

Ha seis años que en el balneario de M... contraje amistad sólida y estrecha con el teniente Miguel, muerto hace poco en el campo de batalla. Era hermoso, con la hermosura varonil y apuesta de un jinete árabe, no obstante la profunda cicatriz que cruzaba una de sus cejas. Todas las tardes, á la hora de la siesta, íbamos juntos á cazar aves acuáticas á los pantanos del Este, ó bien á matar codornices por los trigales del monte. El teniente Miguel distraíame no poco narrando sus locuras de muchacho, sus aventuras tenorioscas y sus lances de honor.

Serían como cosa de las cinco y el sol iluminaba con su luz poniente un camino orillado de álamos y praderas. La escopeta al hombro, el morral á la espalda y el ancho sombrero en la mano para abanicar el rostro, caminábamos mi amigo y yo departiendo amigablemente y haciendo paradas á cada revuelta del camino; un camino delicioso, á cuyos lados se escalonaban las viñas y adonde acudían diariamente los veraneantes para respirar el aire puro de las montañas.

Al llegar á lo alto de la cuesta, vimos venir hacia

nosotros una gentil pareja que charlaba con ruidosa alegría de pájaros madrugadores...

— ¡Por aquí, Julia, por aquí!

Y al decir esto, el gallardo acompañante mostraba á su dama el sendero con el brazo extendido.

A la verdad, ella era muy linda. Bajo un elegante sombrero de paja de Italia, dos brillantes bandas de cabellos rubios se deslizaban sobre las sienes, acariciando la oreja sonrosada, de la que pendía una estrecha bellota de rubies... Él sonreía gozosamente á través de los quevedos, retorciéndose los negros mostachos con sus dedos cubiertos de sortijas y abismando los ojos en aquella alborozada damisela que al arremangarse la falda dejaba ver los pies monísimos entre las enaguas almidonadas y ruidosas.

De pronto vi palidecer al teniente Miguel y hacer un gesto cual si fuera á abalanzarse.

— ¡Ella!, exclamó.

Y en aquel momento la feliz pareja de enamorados se internó alegre y vivaz por una frondosa alameda que cerraba la parte del Sur. Resonaron más confusas y opacas sus alegres risas, y en breve vimos desaparecer sus blancos quitasoles tras las tapias de una hermosa quinta, con aspecto de granja normanda, que bajaba en declive hasta los estanques donde algunas aves acuáticas sumergían sus cuellos.

— ¿Conoce usted á esa muchacha?, me atreví á preguntar.

— ¡Que si la conozco!.. Figúrese usted... ¡Oh, es una historia por demás extraña!.. ¡Esa linda niña que acaba usted de ver, es aquella Julia que immortalizó en sus versos póstumos Armando Salazar!..

La respuesta del teniente Miguel cambió por completo el curso de mis ideas. Aún no hacía un mes que había yo leído las inolvidables poesías del autor de *Mis amores castos*.

Al pronunciar mi amigo el nombre del poeta, rebrotaron en mí viejas memorias.

Y entonces comprendí...

Quince días antes de bajar al sepulcro, víctima de la tuberculosis, Armando Salazar vió por primera vez á Julia en el alféizar de la ventana con la frente apoyada en su brazo tendido y la rubia cabellera cayendo desbordante. Al levantar los ojos hacia ella sintió su alma removerse hasta el fondo, atraída y como arrebatada en la órbita de un sentimiento nuevo. Con el pulso agitado y llena de visiones la mente, hizo depositario de su dulce secreto al buen Asmir, un médico de nota que adoraba cordialmente á aquel vate singular de frente apolínica y labios amorosos como los de una doncella.

— ¡Bravísimo! ¿Conque amas á esa niña? ¡No está mal, qué diantre! Y bien; ¿deseas conocerla? Se hará así.

Fué tan penetrante el golpe de la emoción, que las mejillas de Armando enrojecieron con la intensidad de un ascua avivada por un soplo. Luego, como arrebatado por un vértigo, llenó de besos las manos de Asmir, mientras en sus ojos las lágrimas pugnaban por abrirse paso. En el alma arrebatada y enferma del poeta, la más pequeña conmoción bastaba para hacer entrar en juego todos los resortes.

Veinte días después, Armando Salazar expiraba en su lecho y su amigo Asmir hacía anunciar en el hotel de Julia.

Vestida de blanco y recostada en un ángulo del sofá, la hermosa niña oía á Asmir con mezcla de estupor y turbación. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos bajos, y por un refinamiento de coquetería había dejado caer sobre los encajes del seno una de sus trenzas de oro, á modo de princesa de balada. Asmir continuó:

— Mi pobre amigo me ha rogado al morir que deposite este libro en vuestras manos. Tomad asimismo esas cartas suyas y estas mías... que él creía escritas por vos. Os ruego que me absolváis por haber usurpado vuestro nombre sin pedir licencia. Tratábase de un joven moribundo á quien la contrariedad más mínima pudiera serle fatal. Temiendo por parte vuestra un reproche que acelerase el instante funesto, he fingido esos billetes. No creo que por esto me guardéis rencor.

Después que Julia hubo leído á solas aquellas cartas y terminó las páginas del libro *Mis amores castos*, sintió vibrar en su ser algo tan íntimo y tan vago á la vez, que quedó poco menos que inerte.

Así permaneció largos momentos sin despertar del mundo de ideas en que se hallaba absorta. Quiso luego entornar las maderas del balcón, y al pasar ante el espejo pudo advertir que sus ojos estaban llenos de lágrimas... Desde aquella tarde Julia entró en un período de sensibilidad nerviosa que fué quebrantando su salud de modo harto visible. Tuvo accesos de llanto, sueños intranquitos, inacabables horas de postración moral. Los médicos la aconsejaron que procurara viajar y distraerse, y un año más



BARCELONA.—EMBARQUE DE LOS BATALLONES DE BARBASTRO Y CAZADORES DE MÉRIDA, EXPEDICIONARIOS Á CUBA, EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO.

ASPECTO DEL MUELLE DE LA BARCELONETA, EN DONDE SE EFECTUÓ EL EMBARQUE. (De fotografía de Xatart)

tarde se la veía en París, en Suiza, en Florencia, en todas partes.

—¿Y después?, pregunté al teniente Miguel, cuya voz temblaba un poco.

El teniente Miguel no respondió. Estábamos encaramados sobre dos enormes postes, cuando de pronto vimos aparecer sobre una explanada de lo lejos las blancas sombrillas de Julia y de su amante. Me estremecí, miré... Allá iban los dos, riendo loca-

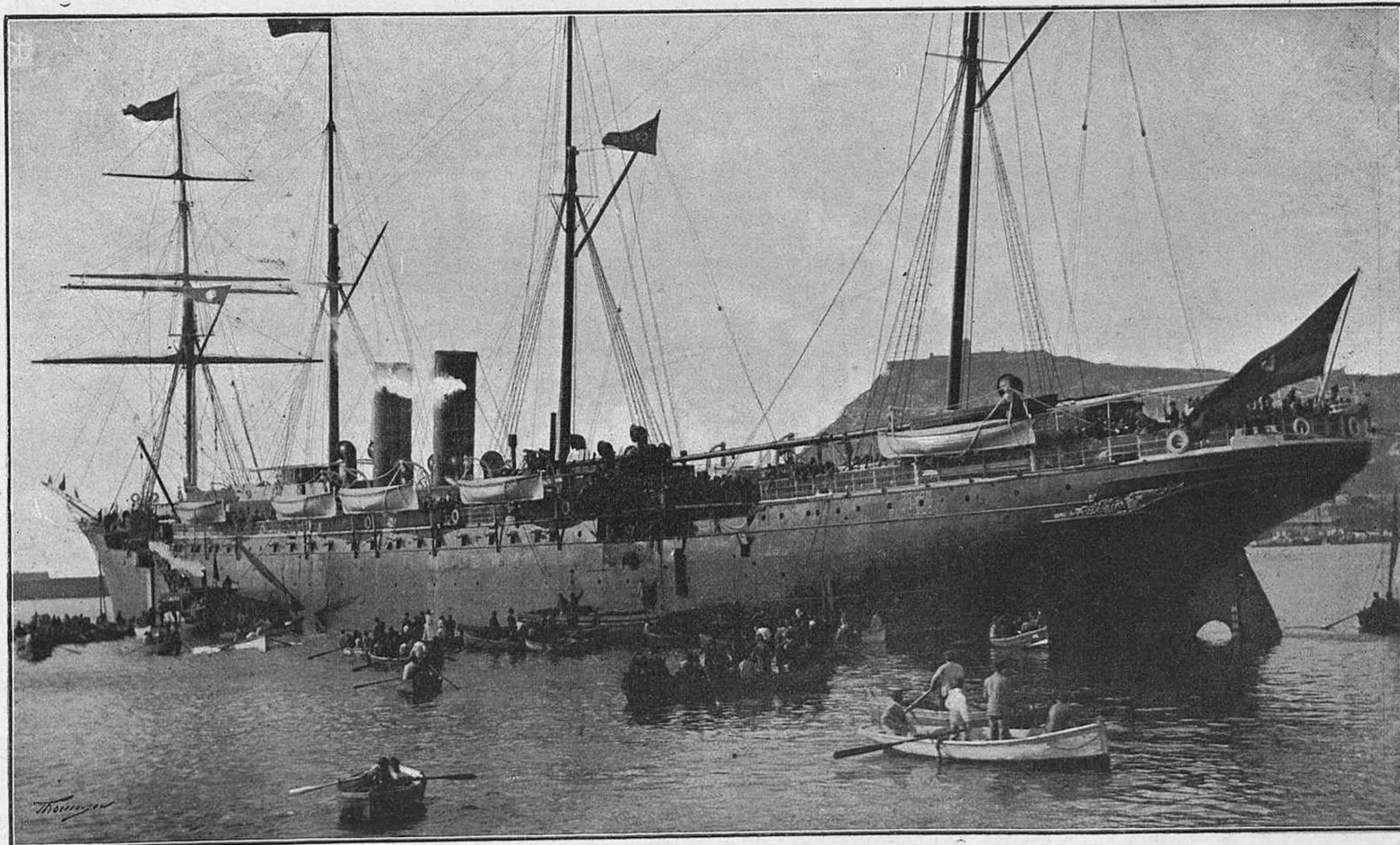
mente en la más suprema de las venturas. Acababa de ponerse el sol. Cruzaban bocanadas de aire cálido impregnadas de aromas embriagadores, y en el confín remoto una línea de oro señalaba el término del mar. La pareja de enamorados se entró jugueteando por un bosquecillo de laureles.

Cuando los vimos desaparecer del todo, pregunté á mi amigo quién podría ser el feliz acompañante.

— Es Asmir, respondió.

Al oír esto, sentí el mismo estupor de sobresalto que suele acometer al que despierta. El teniente Miguel, en tanto, me presentaba abierta su riquísima petaca de perfumado cuero inglés. Cogí un habano, y al levantar los ojos hacia el joven militar, vi destacarse más roja y más siniestra que de ordinario la noble cicatriz que surcaba su frente altiva y pálida como el mármol...

VÍCTOR SAID ARMESTO



BARCELONA.—EL VAPOR «COLÓN», EN DONDE SE EMBARCARON EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO LOS BATALLONES DE BARBASTRO Y CAZADORES DE MÉRIDA, EXPEDICIONARIOS Á CUBA. (De fotografía de Xatart)



BAJO LOS CASTAÑOS, cuadro de Carlos Girón (Salón del Campo de Marte de París de 1895)



LA ORACIÓN, cuadro de Gabriel Max

NUESTROS GRABADOS

Un accidente de las corridas de toros, cuadro de José Jiménez Aranda.—Pocos como D. José Jiménez Aranda han logrado representar con tan vivos caracteres, con tan salientes rasgos, aquella sociedad española, típica y abigarrada, en que se confundían el fraile y el chispero, el totero y el soldado, el noble y la maja. Pocos como el merísimo artista han podido ofrecernos esos brillantes cuadros en que tan admirablemente se retrata la época de nuestros abuelos.

El ingenio de tan distinguido maestro es — conforme atinadamente dice uno de sus biógrafos — hermano gemelo del ingenio literario de D. Ramón de la Cruz.

Una de tantas muestras que confirman las precedentes apreciaciones es el cuadro que reproducimos, obra magistral, en la que se revela el carácter y condiciones del artista.

Alejandro Dumas.—Escribir la biografía del ilustre novelista y autor dramático que acaba de fallecer, exigiría un espacio de que no disponemos en esta sección. No es sin embargo necesario este trabajo, ya que los más elocuentes datos biográficos de Dumas son sus obras, y ¿quién no conoce la multitud de joyas literarias que de su pluma han salido? Algunas de sus novelas, *La dama de las camelias* en primer término, gozan de una popularidad por muy pocos libros conseguida, y sus dramas, traducidos á muchos idiomas, han sido aplaudidos con entusiasmo por todos los públicos y hoy constituyen el repertorio obligado de las más notables compañías francesas y extranjeras. El análisis de su labor dramática, como pocas discutida, no es para este sitio; así sólo consignaremos lo que está en la mente de todos, aun de los más opuestos á sus tendencias, á saber: que Dumas se apodera en sus dramas del público, le hace seguir con interés siempre creciente el desarrollo de la acción, le conmueve á su placer con situaciones dramáticas de primera fuerza y le cautiva con las bellezas de un diálogo en cuyo manejo nadie ha aventajado al autor de *Demi-monde*, y la elegancia de un estilo lleno de frases brillantes, de pensamientos profundos, de comparaciones magistrales. Sus principales obras dramáticas son: *La dama de las camelias*, *El suplicio de una mujer*, *Las ideas de la señora Aubray*, *La princesa Jorge*, *La mujer de Claudio*, *El Sr. Alfonso* y *La extranjera*. Alejandro Dumas empezó á escribir para el público á los



ALEJANDRO DUMAS, fallecido el 27 de noviembre último

diez y siete años; había nacido en París en 1824, y ha muerto en su quinta de Marly el 27 de noviembre último. Deja sin terminar el drama *El camino de Tebas*, que debía representarse en la Comedia Francesa.

Barcelona. Embarque de tropas expedicionarias á Cuba.—El día 23 de noviembre último embarcaron en este puerto los batallones de Barbastro y cazadores de Mérida. A despedir á nuestros soldados acudieron representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial, comisiones de varios centros, las primeras autoridades militar y gubernativa y un público numeroso que no cesó de aclamar á los expedicionarios, los cuales contestaban á aquellas aclamaciones con entusiastas vivas á España. ¡Quiera Dios que ellos y cuantos en la isla de Cuba defienden la bandera española regresen sanos y salvos á la madre patria, que con lágrimas en los ojos les despide! ¡Que el cielo guarde sus preciosas vidas y nos los devuelva pronto ciñendo los laureles de la victoria!

Bajo los castaños, cuadro de Carlos Girón.—La escena tan deliciosamente pintada por el artista ginebrino es de fácil comprensión: basta fijarse en la figura de la señora que se esconde detrás del tronco corpulento del castaño y en la de la niña sorprendida de no encontrar á su madre, para hacerse cargo de lo que el pintor ha querido representar. La expresión un tanto inquieta de la chiquilla y la sonrisa de la joven que adivina la perplejidad de su hija, son dos notas encantadoras de este cuadro; el hermoso paisaje en que la escena se desarrolla avalora la belleza de esta pintura.

En oración, cuadro de Gabriel Max.—Varios son los cuadros de este género que del ilustre pintor alemán hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todos ellos han podido admirar nuestros lectores el genio y la habilidad de un artista cuyo nombre ocupa uno de los primeros puestos en la historia del arte contemporáneo. Como en distintas ocasiones hemos hablado de Gabriel Max, omitimos todo juicio acerca de la obra que en este número publicamos, porque habría de ser repetición de las alabanzas ya consignadas.



¡PUEBLOS DE EUROPA, DEFENDED VUESTROS BIENES MÁS PRECIOSOS!
dibujo de Hermann Knackfuss, según un croquis del actual emperador de Alemania

¡Pueblos de Europa, defended vuestros bienes más preciosos!, dibujo de Hermann Knackfuss, según un croquis del emperador de Alemania. — Hace algún tiempo en nuestra sección de *Miscelánea* dimos cuenta de que el emperador de Alemania había encargado al profesor de la Academia de Cassel Hermann Knackfuss un dibujo alegórico destinado á propagar por todo el mundo la idea de la defensa contra los enemigos de la civilización. Este dibujo, cuyo pensamiento y cuyo croquis son del propio Guillermo II, es el que reproducimos: sus dimensiones originales son de 71 x 52 centímetros. La explicación de esta alegoría es fácil de comprender: las matronas de la izquierda son las grandes potencias europeas, Francia, Alemania con la espada desnuda y el escudo apercibido á la defensa, Rusia apoyando el brazo en el hombro de Alemania, Austria con la doble águila en el pecho dando la mano á la indecisa Inglaterra, Italia entre las dos anteriores cogiendo de la mano á una figura juvenil cuyo significado exacto se ignora. Sobre todas estas figuras aparece la cruz, símbolo del Cristianismo. El Arcángel San Miguel indica á las naciones el mal, personificado en la figura de Buda y del dragón entre llamas y humo, que amenaza destruir la comarca floreciente y bendecida por la civilización. El título puesto al pie de la lámina original está escrito de puño y letra del emperador, cuya es también la firma. La idea de este dibujo surgió en la mente de Guillermo II en los momentos más terribles de la reciente guerra chino-japonesa, y su intención ha sido advertir á los pueblos de Europa del peligro que puede amenazarles, no sólo por el espíritu guerrero de aquellos asiáticos, sino también por el odio que sienten éstos hacia nuestra civilización.

Cabeza de estudio, dibujo de Hans Fechner.—Hans Fechner nació en Berlín en 1860, estudió en la Academia de Bellas Artes de aquella capital y fué á completar sus estudios en Munich en el taller del ilustre Defregger. En 1886 regresó á su ciudad natal, y desde entonces es considerado como uno de los más notables pintores berlineses. Su especialidad son los retratos, para ejecutar los cuales estudia tanto ó más que el aspecto físico la fisonomía moral del retratado: así ha podido pintar obras tan magistrales como los retratos de los poetas Raabe, Fontane y Hauptmann. Poeta y colorista por temperamento, se ha dedicado además á la pintura de género, produciendo bellísimos cuadros que se disputan inteligentes y aficionados. Como dibujante ha hecho verdaderas maravillas, siendo pocos los que le aventajan. La cabeza de estudio que publicamos es buena prueba de lo que decimos.

Constantinopla. — El puente de Kara-Keni.—Los sucesos que se desarrollan en Turquía hacen que tenga interés todo cuanto con aquel imperio se relaciona. Por esta razón publicamos el famoso puente de Kara-Keni, del cual hace una descripción brillantísima, como todas las suyas, el eminente literato Edmundo de Amicis en su hermosa obra *Constantinopla*.

El marqués de Cabriñana.—Las gravísimas denuncias hechas recientemente contra el municipio madrileño, han causado impresión profunda, no sólo en Madrid, sino en toda España, y han atraído la atención y la admiración públicas sobre el marqués de Cabriñana, que tan concretamente ha formulado aquellos cargos y con tanta valentía ha sostenido sus acusaciones. El pueblo madrileño en masa, industriales, comerciantes, centros mercantiles, sociedades científicas, literarias y artísticas, todos se han puesto al lado del denunciante, que en pocos días ha conquistado una popularidad que pocos hombres han conseguido en mucho tiempo, y que ha recibido felicitaciones, adhesiones y pruebas de simpatía de las más altas personalidades, reveladoras del entusiasmo con que se ha visto su honrada y enérgica conducta. Todas estas muestras de afecto han subido de punto con motivo del cobarde atentado que contra él se perpetró á raíz de sus denuncias, y del cual afortunadamente salió ileso el Sr. Urbina.

La célebre novelista francesa Henry Greville.—Esta célebre novelista nació en París en 1842 y recibió de sus padres una educación esmeradísima. A la edad de quince años acompañó á Rusia á su padre, que es actualmente profesor de literatura francesa en la Universidad de San Petersburgo. Allí estudió á fondo la lengua y las costumbres rusas, publicando varias obras que luego debían darle gran renombre. Regresó más tarde á Francia con su marido, y después de haber

atravesado un período difícil, debió de pronto en París, tres semanas después de la muerte de Jorge Sand, con dos novelas, *Dosia* y *Expiación de Saveli*, que se publicaron en 1876 respectivamente en el *Journal des Debats* y en la *Revue des Deux Mondes*: estas dos novelas de carácter ruso labraron repentinamente su reputación. Desde entonces los principales diarios parisienses se disputaron sus originales y el público no ha cesado de saborear las bellezas de las obras de Henry Greville. Sus novelas son, por lo general, cuadros de la vida francesa, y en todas ellas, además del interés del argumento y de la elegancia del estilo, admírase una delicadeza de sentimientos que conmueven hasta lo más hondo el corazón de los lectores. Henry Greville es una de las escritoras que más han producido: entre sus mejores novelas merecen citarse especialmente, además de las dos indicadas, *Un crime*, *Aurette*, *La seconde mère*, *Un mystère*, *Le comte Xavier*, *La fille de Dosia* y la que con el título de *Abandonada* publicamos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

D. Carlos III, busto en mármol de Juan Pascual de Mena.—Entre las varias obras notables que produjo este distinguido escultor, figura dignamente el busto de Carlos III, conservado en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, fundada por aquel monarca á cuyas iniciativas de-



D. CARLOS III,
busto en mármol de Juan Pascual de Mena
(Reproducción en bronce por D. Federico Masriera)

bió España su renacimiento y de la que fué director en la segunda mitad de la pasada centuria D. Juan Pascual de Mena. Verdaderamente saliente es su personalidad é innegable la influencia que ejerció en el movimiento artístico español. Sus obras representando á *Santa Catalina de Sena*, *Virgen con el niño*, *San Juan Bautista*, *San José*, *Virgen de la Soledad*, *San Antonio*, *San Isidro*, *Santa María de la Cabeza*, *San Román*, *San Eloy*, *San Francisco*, *San Marcos*, *San Alberto*, *San Agustín*, *La Soledad*, *Santa Rita*, *Virgen del Carmen*, *La fuente de Neptuno* en el salón del Prado de Madrid y varios retablos, distinguen la valía del maestro.

D. Federico Masriera ha reproducido en bronce la obra que publicamos, ofreciéndola á la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, fundación asimismo del rey D. Carlos III, de grata memoria.

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

— La señorita sabe que sólo sé leer caracteres de imprenta. Si quiere usted tomarse la molestia de leerla, me explicará lo que dice.

La solterona arregló sus lentes, y rompió el sobre, que estaba pegado con miga de pan.

Al través de una ortografía extraña, de una puntuación más rara aún, de un diluvio de letras mayúsculas colocadas al azar, hasta en medio de las palabras, se pudo sacar en claro que se trataba de tres niños, de un ganapán que probablemente era su padre y de una pobre difunta á quien todo aquello habría causado honda pena si no estuviera ya en el paraíso...

Rosa escuchaba cada vez más seria, sin sacar las manos de debajo del delantal y sin decir una palabra. Cuando la señorita Herminia hubo terminado la lectura, se quitó los lentes y miró á su fiel criada.

— ¿Comprendes algo de esto?, preguntó con acento perplejo.

Rosa hizo un gesto afirmativo.

Diré á usted, señorita; repuso con tono grave. No he querido hablarle nunca de eso, porque era un asunto de familia y no era muy agradable, por cierto. Tenía una hermana mucho más joven que yo, que había quedado en mi pueblo y que hace unos quince años se casó con un mal hombre. Hice escribir una carta á la señora Jalín, y advertí á mi hermana que hacía un disparate al casarse; ella tuvo la debilidad de enseñar mi carta á su marido en cuanto se casaron, y él le prohibió que me escribiera. Supe, sin embargo, que había tenido muchos hijos y que no vivían más que los menores cuando ella murió, hace dos ó tres años. Se me figuraba, y siempre lo dije, que su padre se aburriría de tener que cuidar de aquellos rapazuelos, gustándole tan poco como le gustaba el trabajo. Así es que cuando en la carta dicen que ha partido y que les ha dejado más que huérfanos, no me causa sorpresa; lo que hace es causarme honda pena.

Quedó de pie, inmóvil, mirando á lo lejos, sin saber qué. Quizá veía á los tres huérfanos, harapientos, famélicos, ante la puerta de su casa cerrada, ateridos por el frío de marzo. La señorita Herminia quedó silenciosa.

— Nunca he visto á esos pequeñuelos, y ni sé siquiera si son niños ó niñas, ni cómo se llaman; pero me acuerdo de cuando recogimos á nuestra Marcela, y me digo que aquellos son mucho más desgraciados que lo era ésta entonces...

Volvió la cabeza y dos gruesas lágrimas saltaron de sus ojos.

— Pero, exclamó la señora, ¡es preciso que se haga algo por ellos! Escribir, informarse, enviar dinero.

Rosa meneó lentamente la cabeza.

— ¿Enviar dinero, á quién? ¿A personas que lo guardarán para ellos? No; es preciso hacer otra cosa; no sé qué.

La señorita Herminia metió las gafas en el estuche con gesto resuelto.

— Vas á partir esta noche, dijo, y verás por ti misma lo mejor que se pueda hacer. El alcalde tiene el deber de ayudarte; debes tener todavía parientes, y con un poco de dinero todo puede arreglarse.

Rosa miró á su señora con ojos asustados.

— ¿V cómo se las va usted á arreglar cuando yo me marche? La señorita sabe que no puede servirse ella misma, pues no sabría siquiera hallar su jícara del chocolate.

— Tomaré alguna mujer para ayudarme; la cocinera de los Breault, por ejemplo.

— ¡Pues estaría bueno!, exclamó Rosa con indignación tan grande, que levantó la voz sin darse cuenta de ello. ¡Esa mujer que sisa de un modo escandaloso y que habla á sus amos como si fueran sus iguales! ¿Puede usted pensarlo siquiera? ¡Prefiero quedarme!

Se cruzó de brazos majestuosamente, y apareció tan inmovible como la torre de Babel, al ver lo cual la solterona no pudo menos de reirse.

— Tranquilízate, dijo; no tomaré esta. Gracias á Dios, no faltan buenas mujeres que quieran venir.

— ¡Mujeres extrañas!, contestó Rosa con marcado desdén, mujeres que me pondrán la cocina hecha un revoltijo, de modo que cuando yo vuelva no podré encontrar una cacerola siquiera.

La puerta se abrió nuevamente y asomó la cabeza de Marcela, la cual al ver el aspecto inquieto de las dos mujeres se retiró temiendo haber sido indiscreta.

— Ven aquí, dijo la señorita Herminia. Rosa tiene que marcharse por algunos días á su tierra y no quiere que tome ninguna mujer para servirnos. Dile, pues, que tú cuidarás de todo y que todo lo encontrará en orden cuando vuelva.

— ¡Una mujer para servirnos!, dijo Marcela. ¿Por qué?

— Para ayudarnos, te repito, replicó su protectora.

— No tiene usted ninguna necesidad de tomar sirvienta, exclamó Marcela, cuyos ojos oscuros brillaron alegremente; Rosa me ha enseñado á guisar, y más de una vez ha comido usted guisos aderezados por mis manos y los ha encontrado buenos. Desde que Roberto ha marchado, no tengo nada que hacer, así es que yo seré la criada.

Suspiró y pasó como una sombra por su franco semblante.

Las dos mujeres se miraron indecisas.

— ¿Y á ti que te parece?, preguntó la solterona, dirigiéndose á Rosa.

— Me parece, contestó ésta, que es lo más acertado.

— Quedamos así, afirmó la señorita Herminia, acariciando á Marcela, que se arrimó á ella como una gatita mimada.

A pesar de aquel asentimiento, Rosa continuaba perpleja.

— ¿Qué tienes?, le preguntó su ama.

— Tengo que no sé escribir y que sólo sé leer en letras de molde, y cuando vaya á mi pueblo, como tendré que leer y firmar una porción de papelotes y no sabré de qué se trata y no tengo confianza en nadie para aconsejarme, son capaces de hacerme firmar cualquiera atrocidad sin que yo lo sepa. ¡Quisiera, pues, que me acompañara alguien que supiese hablar y leer y evitara que me enredaran.

— Llévate á la señora Jalín, dijo la anciana; es lista y muy buena.

Brilló un relámpago de satisfacción en los ojos de Rosa; pero como no era muy expansiva, se contentó con decir:

— Gracias, señorita.

Después, cansada de haber hablado tanto, volvió á sus hornillas y pasó el día en la cocina, armando un zafarrancho general, á fin de dejarlo todo limpio antes de marcharse.

La señora Jalín, que había sido previamente avisada, acudió puntualmente, y á la siguiente mañana, las dos tomaron el camino de Picardía con el corazón afligido por haber tenido que separarse de su querida señora.

A la hora del almuerzo, ésta, avisada por su protegida, se sentó ante una mesa perfectamente dispuesta. Nunca el cristal había estado tan limpio ni la vajilla más brillante; los platos de porcelana relucían como la luna llena, y Marcela llevó triunfalmente un par de huevos estrellados, que parecían dos soles vistos al través de una blanca neblina.

— Todo lo demás será por el estilo, indicó Marcela, contenta por el resultado de su primera tentativa; ya verá cómo nunca habrá estado tan bien servida.

Después de la comida, Marcela, envuelta en uno de los grandes delantales de Rosa, se recostó en el marco de la puerta, copiando la actitud de la vieja criada; cruzó los brazos sobre el pecho, y pronunció las palabras sacramentales:

— ¿Qué es lo que la señorita tiene que ordenarme para mañana?

La imitación resultó tan perfecta, que la señorita Herminia levantó la cabeza y no pudo por menos de echarse á reir.

— ¡Ah!, exclamó la muchacha yendo á sentarse junto á ella, ¡qué divertido es esto!

— ¿Qué? ¿El estar sin cocinera?

— No, replicó la niña, sino eso de poder servir á

usted y serle útil en algo, y pensar que si yo no estuviera aquí se vería privada de muchas cosas á que está acostumbrada. ¡Cuán bien la cuidaría si estuviese enferma!

— Vaya, repuso su protectora, con tono socarrón; espero no darte este trabajo.



... sentía los pies pesados como si fueran de plomo

XXIV

— ¡Qué bonito es esto, señorita!, dijo Marcela escondiendo sus manos ateridas en las profundidades del manguito.

Hacia esta observación andando rápidamente al lado de la solterona, que llevaba una cesta en cuyo interior se amontonaban una porción de sabrosos comestibles. Marcela, por su parte, también llevaba una cestita colgada en el brazo.

— ¿Qué es lo que es bonito?, preguntó la anciana apretando el paso, pues sentía frío.

— La nieve posada sobre estas flores. ¡Y es raro! Las hojas están verdes como en verano y nieve como en invierno. Es muy divertido, ¿no le parece así?

— Lo que yo encuentro es que hace frío y tengo muchas ganas de estar en casa. Y para colmo de desdichas, estoy segura de que he dejado las ventanas abiertas y que la casa estará convertida en una nevera.

— Déme la llave, que me adelantaré para cerrarlas, dijo Marcela tendiendo la mano.

Detuvieronse en la esquina de la calle, y la señorita de Beurenmetió la mano en el bolsillo; pero buscaba con tanta precipitación, que no daba con las dichas llaves. Dos ó tres veces metió la mano en el vasto abismo en que guardaba sus tesoros y la retiró vacía con un gesto de impaciencia.

La nieve, casi líquida, empujada por un viento glacial del Noroeste, se arremolinaba en espesos copos alrededor de ellas. La señora, impacientada, levantó la cabeza y respiró con fuerza.

— Está visto que no la encontraré, dijo.

En aquel mismo momento, la mano que maquinalmente había vuelto á sus pesquisas, dió con la llave.

— Hela aquí, dijo la buena señora; adelántate corriendo y enciende fuego, pues me siento helada hasta la medula de los huesos.

Marcela partió como un relámpago, y la señorita Herminia se dirigió hacia la casa, pero más despacio, pues sentía los pies pesados como si fueran de plomo. Imaginaba andar aprisa, y sin embargo, apenas

avanzaba. El viento le escupía la nieve á la cara y tuvo que detenerse muchas veces para tomar aliento; respiraba entonces con avidez y hacía que el aire entrara hasta lo profundo de su pecho. Luego proseguía andando con una sensación de alivio pasajero, que no tardaba en ser reemplazado por una opresión dolorosa. Penosamente llegó hasta la verja del jardín, que Marcela había dejado entreabierta, y al empujarla para cerrar le pareció muy pesada.

— ¿Cómo ha podido la niña mover un peso tan grande?, preguntó con sorpresa. Se necesita un granadero como Rosa para abrirla.

Su pensamiento voló hacia Rosa, que se hallaba ausente desde hacía tres días tan sólo, tres días que á pesar de la buena voluntad de Marcela, le parecían tres siglos.

— ¡Ah, si pudiera volver pronto!, pensó la señorita Herminia; me siento muy cansada.

Entró en la casa, llena de una espesa humareda, de entre la cual salía la voz de Marcela como desde el fondo de un pozo.

— No entre en el comedor, gritaba; el viento arremolina el humo y no he podido todavía encender la estufa.

La señora, á pesar de la observación hecha por la niña, asomóse por la puerta y vió á Marcela arrojada en el suelo con la cabeza dentro del hueco de la chimenea, ocupándose en arreglar un manojo de astillas que medio ardían ya, en tanto que las ráfagas que soplaban con violencia la envolvían en humo. Sacó la cabeza de aquel antro negro, enjugó los ojos llenos de lágrimas con el revés de la mano y dijo con angelical sonrisa:

— Suba usted á su habitación, señorita; el fuego debe estar encendido.

La señora, sin contestar, subió lentamente la escalera, admirada de que tuviese que apoyarse con fuerza en la barandilla. Al entrar en el cuarto, cuya ventana que cerrara hacía unos momentos Marcela había dejado penetrar una humedad glacial, sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo, y se dejó deslizar sobre la mecedora, sin tener siquiera valor para despojarse de su mojado traje.

El fuego no se había encendido, y de cuando en cuando un grueso copo de nieve caía sobre los tizones grises apenas quemados por la primera llama de las astillas. La anciana sintió que sus dientes castañeteaban, y una sensación extraña invadía su ser entero. Incapaz de hacer ningún movimiento ni de ejercer ningún acto de voluntad, se contentó con esconder los pies mojados debajo de las sayas, y así, hecha un ovillo, esperó con una especie de resignación desesperada el socorro que Dios pudiera enviarle. Se hizo esperar bastante, y al fin apareció encarnado en Marcela que entraba con un brasero.

— ¡Dios mío!, exclamó: ¿qué tiene usted, mi buena amiga? Está colorada, muy colorada y tiene los ojos brillantes y como cansados. Tendrá usted frío sin duda... Tome este brasero.

Marcela se arrojó ante la mecedora, quitó piadosamente los zapatos que estaban calados y las medias mojadas de su bienchora, y le envolvió los pies en una servilleta que calentó rápidamente en el brasero, después de lo cual miró á la señorita Herminia con una sonrisa que por sí sola ya era un consuelo.

— Creo que lo mejor que podría hacer sería desnudarse y meterse en cama; le traeré una taza de tisana bien caliente y le pondré una botella de agua hirviendo en los pies. ¿No quiere desnudarse? ¡Dios mío! ¡Cuánto tarda en encenderse este fuego!

En un momento el fuego del brasero inútil, fué volcado en la chimenea, y los carbones incandescentes no tardaron en brillar con viva luz, y el crepitar de los tizones anunció que la chimenea recalitrante se decidía por fin á seguir el buen camino.

— Vamos, querida señorita, métase en la cama, dijo Marcela con su voz más insinuante.

— Ayúdame, contestó la señorita Herminia con voz extraña y tan opaca, que parecía salir de gran profundidad.

La niña se dió prisa, y con sus dedos ágiles las presillas y cordones fueron prestamente desatados, los vestidos cayeron como una masa sobre el pavimento y la señorita Herminia se encontró en su cama sin darse cuenta de ello. Al contacto de las sábanas, se apoderó de ella un nuevo estremecimiento, y Marcela sintió aquel formidable entrecocar de dientes que es tan terrible, porque es casi siempre el principio de una enfermedad grave.

Marcela no se entretuvo en inútiles exclamaciones, y fué á la estufa, donde por precaución había puesto ya á calentar agua.

Estaba el agua algo ahumado; pero no eran momentos aquellos para fijarse en tales minuciosidades. La niña llenó la tetera de China de aromático te, y

una vez hechos estos preparativos para combatir el frío, entró de nuevo en el dormitorio, en cuyas cortinas y bruñidos muebles se reflejaban las llamaradas de un fuego vivo y alegre.

— ¿Estamos ya mejor?, preguntó entrando.

En aquel momento su rostro infantil tenía una expresión de cariño maternal, y verdaderamente, en aquella situación extraña era la protegida protectora á su vez y daba á su ama toda suerte de consuelos y le demostraba toda la ternura que por ella sentía su alma.

— No tengo tanto frío, contestó la señora; pero me duele mucho aquí, añadió señalando el costado.

Su respiración era corta y frecuente.

— Eso no será nada. Tome; aquí le traigo una taza de te bien azucarado y caliente; está algo ahumado; pero no le repugne por esto.

La enferma bebióse á sorbos la mitad de la taza y se cayó luego sobre la almohada, con tal abatimiento, que Marcela se asustó.

La pobrecilla, viendo el estado de su amiga, quería avisar á un médico; pero no se atrevía á ello, porque sabía que la señorita, que para Rosa ó para ella enviaba en seguida á buscar al doctor, sentía por su parte un horror tan grande por la medicina, que hasta en presencia del médico, que era un amigo suyo, lo había expresado, creencia que aquél no destruía, porque decía que el no querer estar enfermo era causa de que efectivamente se evitaran enfermedades.

— Vete á almorzar, dijo la enferma, mejor con el gesto que con la voz.

Marcela la comprendió, sin embargo, é hizo con la cabeza un signo negativo.

— Quiero que almuerces, repitió la enferma, haciendo esfuerzos para hablar recio. Necesitas tener fuerza, por si yo cayera enferma... Vete.

Marcela obedeció sin replicar. Era cierto; ¡necesitaba fuerzas! En un momento hubo asado una chuleta, que comió con un pedazo de pan y que tragó aprisa y corriendo, y volvió en seguida al lado de la enferma, que estaba amodorrada con sopor muy grande.

Colocó una campanilla al alcance de la mano de la enferma y atravesó corriendo el jardín, pensando que, por muy descastada que fuera la criada de los Breault, no se negaría á auxiliarla en aquella ocasión; pero la joven llamó en vano, pues aprovechando aquélla la ausencia de sus amos había ido á corretear por París, y hacía algunos días que no se acercaba á la casa desierta y lejana de la calle de la Bomba.

Marcela volvió á su casa muy contrariada, pensando en la casualidad funesta que hacía que en aquel momento hubiese quedado aislada, sin uno solo de todos los amigos que tenía.

— ¡Esa es la voluntad de Dios!, exclamó en un arranque de fervoroso reconocimiento. Así como me amparó en mi desgracia cuando llegué á su puerta como un perro vagabundo, así también ahora quiere la Providencia que sea yo su amparo y pueda devolverle la centésima parte de lo que por mí ha hecho.

Una nueva fe; una confianza profunda en el destino que por modo tan visible le marcaba el camino que debía seguir, penetraron en el corazón de la niña, con la natural alegría de sentirse llamada á tan alta tarea. Desde el momento en que la Providencia quería que pudiese ser útil á su protectora, quedaba contenta.

Imaginaba la niña que quizá la buena anciana estaría muy mala. «Sí, sin duda; padecería mucho; ella tendría que cuidarla, y luego llegaría Rosa y encontraría á su ama débil aún, pero sonriente, sentada en la cama ó en el sofá — sí, en el sofá, — comiendo una chuleta, y diría á la criada estupefacta:

— «Sí, Marcela sola es la que me ha curado y cuidado, con el auxilio de Dios.»

La imaginación romántica de la señorita Herminia había influido en la de la niña, que no había leído nunca novelas, pero que en sus largas conversaciones con su protectora había adquirido la costumbre de contar con lo imprevisible, de creer en los azares providenciales y de levantar castillos en el aire, costumbre que nada en sí tiene de reprochable, pero que, á la larga, destruye ó por lo menos altera el equilibrio de la inteligencia. Marcela había forjado en su imaginación tantos prodigios inverosímiles, que esa curación le parecía ahora la cosa más fácil del mundo... ¡Dichosos aquellos que creen en quimeras; pero su dicha acaba allí donde la mano brutal de la realidad se posa derribando aquel ficticio castillo! ¡Y menos mal aún si entre las ruinas no queda su alma ó su razón!

Marcela se acercó á su protectora, que dormía con sueño intranquilo. Sus mejillas calenturientas y su respiración agitada acusaban un estado grave, y la muchacha quedó unos momentos junto á la cama con las manos unidas y entregándose á un mudo éxtasis.

La contemplación de su querida enferma no la espantaba, pues se sentía llena de abnegación.

De repente la señorita Herminia abrió los ojos, se sentó sobre la cama, tendió los brazos hacia un ser imaginario, y exclamó:

— ¡Hele aquí, hele aquí! ¡Ya sabía que volvería!

Marcela se volvió. No había nadie detrás de ella. La anciana, con los ojos brillantes por la fiebre, las manos temblorosas y el gesto rápido, seguía dirigiendo discursos incoherentes á un ser imaginario. La confianza de la niña desapareció bruscamente, retrocedió hasta la pared y miró á su amiga con ojos espantados.

— ¡Señorita!, gritó la pobre niña; querida señorita, mi buena amiga, estoy yo aquí; soy yo, Marcela...

Herminia no oía y continuaba hablando sin saber de qué; la niña se acercó á la cama y se puso de rodillas.

— Señorita, querida amiga, mi segunda madre, soy yo, mi querida Marcela; yo soy la que la cuido y la que la ama... ¡Ah, señorita Herminia, míreme por piedad!

La enferma, que agitaba febrilmente las manos, encontró debajo de sus dedos los cabellos de la muchacha, que apoyaba su rostro sobre el cubrecama, llorando amargamente.

— ¡Es Marcela!, exclamó; he ahí á vuestra hija, caballero, se la entrego; le honraré, tómela usted.

Marcela dió un salto de espanto. Herminia veía á Montfort en sus divagaciones febriles. Sobrecogida de terror huyó la niña, cerrando la puerta detrás de ella, y corrió sin parar hasta la casa en que habitaba el médico, no lejos de allí.

El anciano médico estaba ausente. Su criada, que conocía á Marcela, prometió avisarle en cuanto llegara, y la niña volvió corriendo á su casa. Había salido de ella con la cabeza descubierta, y las trenzas de su pelo azotaban sus mejillas acaloradas, en tanto que la nieve continuaba cayendo sin interrupción en anchos copos, que formaban en el suelo una especie de barro blando y casi helado. La niña corrió de aquella manera hasta que llegó al jardín de su casa, y luego, sobrecogida todavía por el espanto, se dirigió á la habitación que ocupaba la enferma, que quizá proseguía hablando de aquel padre ausente y perdido que, en aquel momento y evocado por la imaginación exaltada de la anciana, se le antojaba lúgubre fantasma que surgía del reino de los muertos.

Pero Herminia sufría, sin duda, allá arriba y Marcela no vaciló. Primeramente echó un poco de combustible en la estufa, y al resplandor que brotó de los tizones contempló con amargura todos los detalles de aquella habitación, testigo de tantas escenas de ternura, y después abrió la puerta del cuarto de la enferma.

El ligero ruido que produjo el pestillo no turbó las divagaciones de Herminia con que deliraba aún pacíficamente, pero sin interrupción. Por su mente pasaban las imágenes de todos los seres que había conocido ó imaginado, y Marcela advirtió con profunda alegría que no era de su padre de quien hablaba entonces, sino de Rosa.

— Ten cuidado de no olvidar mis cofias, decía la solterona, gesticulando enérgicamente; y luego di á la planchadora que no estropee mis pañuelos bordados. Por lo que toca á Marcela, dile que en el segundo cajón de la cómoda, á la derecha, hay una caja de cartón donde he guardado todos sus papeles y el dinero que quiero entregarle. ¡Dame esa caja! ¡Dámela pronto! ¡Te digo que me la des!, gritó con impaciencia. Está en el segundo cajón, detrás de las medias de seda. ¡Obedecerás al cabo!, gritó enfurecida.

Y ella tan cariñosa, amenazaba á Marcela, que la miraba con lágrimas en los ojos. A la tercera vez que decía aquello, la niña pensó que quizá haría bien obedeciendo, para calmar la cólera de la enferma.

— ¡Déme usted las llaves!, dijo tímidamente.

La enferma buscó maquinalmente entre las ropas, y no hallando las llaves, dijo:

— Están en el bolsillo de mi bata.

Marcela buscó y encontró las llaves, que entregó á su anciana amiga. Con un movimiento rápido y febril, ésta designó la de la cómoda.

— Más aprisa, decía con impaciencia.

Y siguiendo con los ojos los movimientos de la niña, exclamó:

— Abre la cómoda, á la izquierda, la caja de Marcela.

La niña halló al fin su caja, ¡la conocía tan bien! La vista de aquella cajita, ribetada de verde, llevó las lágrimas de nuevo á sus ojos. ¡Cuántos recuerdos, cuántos dolores estaban concentrados en aquellos trozos de papel! La cajita le pareció pesada; pero apenas se fijó en ello, y la llevó á su bienchora.

Por la primera vez desde que deliraba, un destello de razón pasó por el cerebro de la anciana.

— Guarda esto, hija mía, dijo, es para ti. Ocúltalo, ¿oyes? Métetelo en el bolsillo, aprisa, y no hables de ello a nadie.

Marcela obedeció y dejó deslizar en su bolsillo la caja que bajó rápidamente hasta el fondo. Herminia siguió sus movimientos con mirada satisfecha.

— Muy bien, dijo; es tu fortuna, pero Roberto te va a traer otra cosa. Rosa, di a Roberto que entre. El delirio empezó de nuevo.

Marcela, desconsolada, se había sentado en una silla y miraba cómo los tizonos se consumían lentamente. Había visto sin temor la terrible enfermedad, las noches pasadas en vela, los cuidados y la abnegación incesante que representaba; pero en su generosa ilusión, le parecía que la débil voz de la enferma, dándole las gracias, le recompensaría de su abnegación sin límites.

Pero una enferma que no nos ve, que no nos habla, que nos toma por otra; los horrores de la locura unidos al temor de una catástrofe; el mal desconocido, quizá mortal, junto a las alucinaciones de un espíritu enloquecido que divaga..., esa idea hace temblar a los más valientes, y por lo tanto, ¿cómo no debió de horrorizar a la niña, ignorante todavía de las luchas de la vida!

Obscureció antes de la hora de costumbre, pues el cielo, bajo y nublado, sólo había dado desde la mañana una triste luz amarillenta. Marcela pensó que cuando llegara el viejo doctor no sabría encontrar el camino de la habitación desde el vestíbulo, y bajó, encendió las lámparas, atizó el fuego, subió una de aquellas al cuarto de la enferma, y se sentó otra vez con los ojos fijos en aquella cama, que le robaba toda su atención y en la que tenía fijados alma y pensamiento.

La campanilla de la verja sonó y Marcela se levantó esperanzada. Las pesadas botas del médico despertaron los ecos de la escalera; la muchacha abrió la puerta y el doctor entró con rostro sonriente, como de costumbre. Una gran llamarada brotó de la chimenea, excitada por la corriente de aire.

— ¡Fuego, fuego!, gritó la señorita Herminia; escapémonos por la ventana; colgad las sábanas.

Saltó de la cama y tuvieron que volver a acostarla como se hace con un niño.

— ¡Ea, cálmese usted!, exclamó el doctor; el fuego se ha extinguido y los bomberos están abajo.

— ¿De veras?

— ¡Se lo aseguro! ¿Cómo ha cogido esta fiebre?

La anciana no contestó; continuaba murmurando en voz baja palabras incomprensibles.

El médico se volvió hacia Marcela, que dijo:

— Esta mañana, volviendo de la compra, la señorita se quejó de un gran frío y volvió mojada y castañeteando los dientes; luego se ha acostado y dormido, y después se ha despertado en el estado que usted ve.

El doctor se inclinó sobre la enferma y la examinó atentamente y muchas veces.

— ¿Está sola?, preguntó de repente. ¿Dónde está Rosa?

— En provincias, con la señora Jalín, contestó la joven.

— Es preciso enviarle un telegrama en seguida. ¿Cuál es su dirección?

— No la sé.

El doctor la miró con sus ojos vivos y penetrantes.

— ¿Quién la sabe?

— La señorita.

— ¿Está escrita en alguna parte?

— No; a lo menos no lo creo.

Con un movimiento rápido, irritado el doctor esparció todos los papeles que había en la carpeta y en los cajones de la mesa en que la anciana escribía.

No encontró nada; la dirección no parecía.

— ¿Dónde está Rosa?, preguntó a Herminia, poniendo su mano sobre la de la anciana, con ademán de autoridad, y mirándola fijamente.

— ¿Rosa?, replicó, tratando de vencer la incoherencia de sus pensamientos. Rosa Picard..., departamento del Norte...

Sus ojos erraron de aquí a allí y luego los cerró y continuó su charla.

El doctor se encogió de hombros.

— ¿Qué has hecho desde la mañana?, preguntó a Marcela. ¿Nadie ha venido?

— Nadie.

— ¿Has pasado aquí el día sola?

— Fuí a buscar a la cocinera de la señora Breault, pero había salido, y luego he ido a vuestra casa.

El anciano médico movió la cabeza, mirando a la niña con compasión.

— ¡Bien podrás decir, exclamó, que la vida ha sido ingrata para ti!. Escucha: es preciso que no tengas miedo, suceda lo que suceda, ¿oyes?

La muchacha le miró con ojos en que la ansiedad

se convertía en angustia, pero no contestó una palabra.

— Voy a enviarte alguien, y harás lo que te dirán, ¿no es verdad? Acerca la lámpara, pues tengo que escribir una receta.

Marcela puso la lámpara sobre el escritorio, y el médico escribió dos cartas y las guardó, y luego una receta.

— No tendrás miedo, ¿verdad?, repitió poniendo la mano paternalmente sobre la cabeza de la niña, que apartó para verla bien de frente.

— ¿Acaso va a morir?, preguntó la niña con voz tan conmovida que le causó profunda compasión.

— No lo espero, replicó sin convicción. Estas dos cartas que escribo son para parientes de la señorita que llegarán mañana o pasado a más tardar. Sé cariñosa con ellos y trata de complacerles en cuanto te manden. Yo volveré antes de media noche.

Después se marchó, haciendo crujir la escalera bajo su peso.

Cuando la campanilla anunció que había partido, Marcela se estremeció de pies a cabeza. ¡Estaba sola, más sola que nunca! ¡Santo Dios, cuán desierta y sombría parecía aquella casa!

XXV

En aquellos mismos momentos, Simón Monfort pisaba otra vez el suelo natal después de nueve años de ausencia. Volvía poseedor de un modesto capitalito y con promesas de empleo que podían darle una dorada medianía.

Volvió porque estaba cansado de vivir en tierra extranjera, porque estaba solo y porque echaba de menos la lengua de su país.

Después de sufrir atrozmente durante los primeros instantes de su abandono, había reaccionado contra el dolor, trabajando febrilmente y diciéndose que un día u otro hallaría a aquella mujer que le había abandonado tan cruelmente cuando iba camino del destierro, de aquel destierro que sólo se había impuesto por ella, para proporcionarle un bienestar mayor. ¿Qué necesidad tenía de trabajar ni de expatriarse si sólo de él se hubiera tratado? Únicamente lo hizo por ella, por ella que le pagó con tan negra ingratitud.

Pero Simón no era de los que olvidan un propósito. No había cesado de pensar en su venganza, y esperaba que llegase el momento de volver a ver a su esposa cara a cara, aplastarla con su desprecio y quitarle la niña.

La niña era suya; la ley se la daba. Usaría de su derecho y la arrebataría a la esposa desnaturalizada que le había sumido en el dolor, privándole de su única alegría.

Al desembarcar en Francia, Simón sintió que aquellos pensamientos eran dueños de él por completo. Aquella ciudad del Havre, cuyas calles había rondado una a una la noche de su partida, no tenía una casa, una calle, una encrucijada que no le recordase su martirio.

Monfort no se espantaba ante los pensamientos que el espíritu del mal despertaba en él; jamás había cometido una acción punible, pero no rechazaba las sugerencias del odio; la venganza le aparecía como un consuelo supremo, y al encontrarse vagando otra vez por las calles de aquella ciudad donde pasó trece mortales horas de agonía, se complacía en recordar sus dolores y su abandono con una especie de feroz energía.

Sus pies, cansados de llevarle, se rindieron más pronto que su espíritu de pensar en aquella triste página de su miserable existencia.

En una callejuela bulliciosa, donde sonaban las canciones avinadas de los marinos, que tenían por estribillo un largo grito rítmico parecido a una queja, entró en una taberna donde estuviera nueve años antes, cuando buscaba por todas partes a su mujer y a su hija.

Simón recordó todos los detalles del establecimiento, desde la muestra hasta las gruesas tazas, desde el mostrador hasta las botas que estaban alineadas como antes. Las paredes habían sufrido alguna alteración, y en vez de ostentar el color obscuro de tabaco aparecían recién pintadas y a trechos ocultas por periódicos pegados con engrudo, sin que nadie supiera el porqué de aquella exposición periódica.

La sala principal se honraba con dos mecheros de gas, y el gabinete del lado, que también tenía diarios en lugar de papel común, había variado de iluminación, ya que ahora colgaba del techo una lámpara de petróleo en vez de tener sobre una mesa un velón con una mala candela de sebo.

Monfort entró en el gabinete. Estaba cansado de andar, cansado de pensar quizá. Se sentó en una des-

vencijada silla de paja, esperando la taza de café que había pedido, y así dejó transcurrir los minutos, apoyando la frente en la mano y el codo en la mesa como un hombre que siente con pesadumbre inaguantable el peso de la vida.

Esperó unos instantes, y después, como queriendo escapar a sus pensamientos, se levantó y paseó por la habitación.

Los diarios llamaron su atención y se entretuvo en seguir con la mirada los caprichosos dibujos que formaban los rectángulos de los anuncios en la cuarta página.

No pudiendo leer claramente por la falta de luz, subió la torcida de la lámpara y leyó. Se conocía que muchos otros parroquianos antes que él habían tenido la misma idea, pues algunas huellas grasientas aparecían debajo de las gacetas.

Esos sueltos son siempre interesantes por muy antiguos que sean, por muy nimios que parezcan; es una colección de anécdotas más o menos auténticas que el periodista ofrece a la voracidad del lector. Simón empezó la lectura de ellas con indiferencia.

De repente, en el centro de una columna, vió en versales esta palabra ¡PERDIDA!, encima de una delgada pleca, y leyó para saber lo que se había perdido. Por muy baladí que fuera el asunto, le ayudaría a pasar unos momentos.

«Ayer por la noche, a las siete, en la plaza Mont-holón, ha sido encontrada muerta en un banco donde se sentara a descansar una joven de veinticinco a treinta años. Su hija, niña de tres a cuatro años, jugaba por allí cerca con otras criaturas y no había reparado nada extraño en su madre. La pobre pequeña, súbitamente huérfana, no pudo dar ningún detalle acerca de sus padres. Su padre, a lo que parece, había marchado antes de comer, «en el ferrocarril.» La niña se llama Marcela. Su ropa está marcada con las iniciales M. M. La de su madre lleva una M. y una P. Se ha encontrado en el bolsillo de la pobre mujer un portamonedas conteniendo unos cincuenta francos. La autopsia, verificada esta mañana en la Morgue, ha revelado que la joven había muerto a consecuencia de la ruptura de un aneurisma. La niña, cuya ingenua gracia aumenta el natural interés que inspira, ha sido recogida por una buena mujer de dicho barrio, y parece decidida a adoptarla.»

Monfort leyó hasta el fin, sintiendo una angustia incierta primeramente, luego un dolor acerado como si una hoja de cuchillo desgarrara sus carnes y penetrara hasta su corazón, demasiado pequeño para encerrar el horror latente que sentía.

Acercóse de nuevo a la mesa y apoyó la cabeza en la mano, dudando de si había leído, o si aquello era alucinación de su espíritu fatigado. Pero de repente se levantó de nuevo para mirar la fecha del diario, que no pudo ver, porque aquella era la tercera página.

Sacudió la cabeza, se estremeció como un caballo que va a salir al galope, y luego se precipitó de nuevo contra aquella pared fría e inerte, que se obstinaba en negarle la revelación de una fecha, sin la cual sentía que iba a morir de impotente rabia.

Subió sobre un taburete y leyó con avidez las hojas de encima de aquella, pensando que podría encontrar allí una fecha que le informara... ¡Vana tarea! Aquellos periódicos eran de años anteriores.

Desesperanzado, vencido por aquella fatalidad que parecía perseguirle en todo lo que tentaba, iba a sentarse otra vez, cuando en un rincón de la página que tanto le interesara, leyó:

Espectáculos para el 28 de agosto.

El día 26 de aquel mes había salido él de París.

Leyó y releyó aquella línea única, atontado, estúpido, sin darse cuenta de nada; luego tomó su sombrero de sobre la mesa, empujó brutalmente a la sirvienta que traía el café, y sin decir una palabra, corrió como un loco hacia la estación.

Un tren iba a partir. Subió a él corriendo siempre, se hundió en un rincón de un compartimiento vacío, volvió la espalda a la luz, y apoyando su cabeza contra el cristal lloró y sollozó como un niño.

Aquella mujer a la que acusara y maldijera durante nueve años; aquella a quien echara en cara su abandono y de la que había jurado vengarse sin compasión, ¡había muerto!

Había muerto destrozada por la fatiga y por el dolor, sola, en un banco de una plaza pública, sin poder estrechar en su mano una mano amiga.

La habían llevado a la Morgue, y allí, las manos impías de unos médicos desconocidos habían destrozado su corazón puesto al descubierto, para arrancarle el secreto de su muerte prematura, discreta y silenciosa como lo había sido la vida entera de la desdichada.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES
UN NUEVO PROCEDIMIENTO

Por tratarse de un problema que desde hace mucho tiempo preocupa á cuantos por profesión ó como aficionados se dedican á la fotografía, creemos interesante reproducir el siguiente artículo que en la acreditada revista de ciencias naturales *La Nature* ha publicado recientemente el químico M. A. Ladureau acerca de un nuevo procedimiento para obtener la fotografía de los colores.

Dice así:

«La fotografía, como todos saben, es una ciencia esencialmente francesa: su invento se debe á los dos franceses Niepce de Saint Víctor y Daguerre, y cuantos perfeccionamientos en ella se han introducido son también obra de franceses. Natural era, pues, que uno de nuestros compatriotas completara la obra de sus predecesores añadiendo el color á la línea, que era lo único que los procedimientos actuales permitían obtener.

»Un sabio modesto, cuyo nombre no estoy autorizado á publicar, ha conseguido recientemente, después de haber consagrado á sus experimentos diez años de trabajo y una fortuna, obtener la fotografía de los colores por procedimientos distintos de los empleados por M. Lippmann, sumamente sencillos é ingeniosos, según podrá juzgarse por la descripción á grandes rasgos que de ellos voy á hacer.

»Habiendo observado que todos los colores de la naturaleza se componen de tres colores principales, el rojo, el amarillo y el azul, de los cuales derivan todos los demás por su mezcla entre sí, y tomando como base esta teoría, el inventor ha procurado hacer placas fotográficas



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Hanns Fechner

que sólo fuesen sensibles á uno de los tres colores tipos, y después de largas y difíciles investigaciones ha llegado al resultado apetecido. Tiene, pues, tres placas ó clisés preparados de manera que no dejen pasar el primero más que los rayos amarillos, el segundo los rayos rojos y el tercero los rayos azules. En la composición de las emulsiones de estas tres placas estriba principalmente el secreto de su invento.

»Hace tres fotografías del cuadro que quiere reproducir ó de la persona á quien ha de retratar, desarrolla los tres negativos y los imprime por medio de la luz natural del día sobre tres papeles preparados de un modo especial: en el primero tiene la reproducción de todos los colores amarillos ó mezclados de amarillo del modelo; en el segundo la de los rojos y en el tercero la de los azules. Después fija estos tres positivos casi de la misma manera que se fija una fotografía ordinaria, y obtiene tres pruebas cuyo papel separa sumergiéndolas en el agua por un procedimiento análogo al de la calcomanía. De este modo consigue tres películas de color diferente, las aplica con cuidado y lo más exactamente posible una encima de otra, y merced á esta superposición logra la reproducción exacta del objeto con sus colores propios.

»En algunos minutos ha fotografiado un cuadro y en 10 ó 12 segundos ha copiado un paisaje ó hecho el retrato de una persona con todos los colores que aparecían delante de su objetivo y que resultan, por añadidura, absolutamente inalterables.

»El problema, como se ve, era arduo y su solución difícil; sin embargo, el inventor del procedimiento en cuestión ha logrado resolverlo.

»Nosotros mismos le hemos visto ope-



CONSTANTINOPLA. - EL PUENTE DE KARA-KENI, VISTO DESDE ESTAMBUL

(de fotografía)

rar y en presencia nuestra ha hecho un retrato sorprendente por su parecido y por la verdad de los detalles, habiéndonos demostrado con este ejemplo práctico que todo se realiza conforme a su teoría y que los colores así fijados son completamente inalterables, aun cuando se les exponga al sol y aun después de un año de insolación. Hemos podido, pues, adquirir el convencimiento de que en sus procedimientos no había ninguno de estos engaños, de estos juegos de manos que se encuentran en los procedimientos empleados por los coloristas de fotografías, todas las cuales son acuarelas ó cuadros al óleo más ó menos hábilmente disimulados.

Todo el secreto de este procedimiento está en la preparación química de las placas y de los papeles empleados, y al ver la belleza de las pruebas obtenidas no sorprende el que haya necesitado el inventor diez años de no interrumpidos trabajos para conseguir tales resultados.»

* * *

EL LABORATORIO DE ENSAYOS MECÁNICOS EN CHARLOTTENBURGO

El *Physikalisch-Technische Reichsanstalt*, generalmente conocido por el solo nombre de *Reichsanstalt*, de Charlottenburgo, cerca de Berlín, es en cierta medida la realización del *desiderátum* como laboratorio nacional. Esta institución es muy apreciada por los constructores y compradores de máquinas en general, porque por un precio módico les proporciona indicaciones imparciales y exactas acerca de la calidad de los materiales comprados. En la actualidad, en todas las grandes ciudades de Alemania encontramos un laboratorio de ensayos anejo á su universidad ó á su colegio técnico.

Así Charlottenburgo y Berlín poseen, además del



EL EXCMO. SR. D. JULIO DE UBBINA, MARQUÉS DE CABRIÑANA (de fotografía)

Reichsanstalt, en donde el profesor Kohlrausch ha reemplazado al gran Helmholtz como presidente, el *Mechanisch Technische Versuchs Anstalt*, que durante algún tiempo ha dirigido el profesor Martens. Esta

última institución comprende varios departamentos cada uno de los cuales tiene su director y está ampliamente provisto de todos los aparatos mecánicos necesarios. El primer departamento está destinado á los ensayos de los metales, cables, correas y también de las maderas: las piezas que se han de ensayar se entregan al laboratorio, y allí se ensayan sus diversas resistencias someténdolas á las pruebas de laminaje, plegado, soldadura, fusión, aleación, ataque por los ácidos, etc.; se las examina al microscopio, se las fotografía y se examinan á la luz reflejada ó transmitida sus secciones en el estado de pulimento ó en el de rotura.

En algunos casos se ensayan piezas de 15 metros de longitud por 150 milímetros de anchura, estudiándose superficies pulimentadas de muchos decímetros cuadrados.

El segundo departamento está consagrado al ensayo de los materiales de construcción, piedras naturales y artificiales, cristal, madera, cales, cementos, fieltros para techos, yesos y tubos de drenaje, existiendo en él los aparatos necesarios para someter estos materiales alternativamente al calor, al frío y á la humedad, á fin de comprobar su resistencia á las influencias atmosféricas.

El ensayo de los cementos es considerado en Alemania desde hace mucho tiempo como cuestión de interés público, y de algunos años á esta parte el gobierno da fuerza de cosa juzgada á los resultados de los cuerpos obtenidos en este establecimiento, que es árbitro en última instancia. Para un ensayo completo se exigen 2.000 kilogramos de cemento y para los ensayos ordinarios no menos de 10.

El tercer departamento es el del papel y en él se ensayan los papeles, cartones, telas, hilos y en general todas las fibras textiles.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
Solucion **BLANCARD** y **Comprimidos de Exalgina**

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES UTERINOS, MUSCULARES, DENTARIOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Exijase la Firma y el Sello de Garantia.—Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

G GÉLIS & CONTÉ Grageas al Lactato de Hierro de

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ca} de F^{ca} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARÍS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARÍS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION **ASMA** y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, F^{ca}, 102, R. Richelieu, París.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE. — Además de todos los datos comunes á esta clase de libros, el almanaque que para 1896 acaba de publicar la importante casa de Bailly-Bailliere contiene multitud de artículos interesantísimos y de noticias curiosas de mitología, antropología, geografía, ciencias, educación, agricultura, bellas artes, historia y estenografía. Es en suma un libro tan útil como entretenido, cuya adquisición da además derecho á varios regalos, como un retrato por los mejores fotógrafos de las principales ciudades de España, bonos para adquirir con descuento géneros en diversos establecimientos, una suscripción gratis por un mes á *Mon Journal* y opción á los premios que se ofrecen para tres concursos y que consisten en relojes, vinos y objetos religiosos. El Almanaque, que forma un tomo de 500 páginas con 10 mapas y 1.000 grabados, se vende en las principales librerías al precio de 1'50 peseta en rústica y 2 en cartón.

AGENDA CULINARIA PARA 1896. — Libro de verdadera utilidad: contiene para cada día del año las minutas del almuerzo y de la comida con dos recetas diarias, arregladas según las estaciones del año y combinadas de modo que resulten á un precio módico. Tiene además en cada día un espacio en blanco para apuntar los gastos de comida. Esta obra, escrita por Blanco Prieto y editada por la casa Bailly-Bailliere, de Madrid, se vende á 2 pesetas encartonada.

CHRISTOPH COLUMBUS, por D. Juan Fastenrath. — Una nueva obra, dedicada á nuestra patria, ha publicado en Leipzig nuestro distinguido colaborador y estimado amigo D. Juan Fastenrath. Es un nuevo testimonio de sus simpatías por España y de sus relevantes condiciones para los trabajos de investigación histórica y de elegante y concienzudo escritor. El nuevo libro de Fastenrath, consagrado por completo



LA ILUSTRE NOVELISTA FRANCESA HENRY GREVILLE,
autora de la novela *Abandonada*.

á nuestro país, responde al levantado propósito de dar á conocer á sus compatriotas, puesto que está escrito en alemán, todos los antecedentes que precedieron al descubrimiento de América y la razonada exposición de los viajes del inventor navegante genovés, así como un extenso juicio crítico de todos los trabajos que se han publicado acerca de tan trascendental empresa.

MEMORIA Y DISCURSO INAUGURAL leídos en la apertura del curso de 1895 á 1896 en la Escuela de Artes y Oficios de Alcoy. — De la memoria leída por D. Vicente J. Pascual Pastor se desprende el estado floreciente de la Escuela de Artes y Oficios de Alcoy: el discurso leído por D. Emilio Orduña Viguera, licenciado en derecho y profesor numerario de la clase de Modelado y Vaciado de la citada escuela, es un trabajo muy notable acerca de la decoración plástica y de la importancia del estudio del modelado para cuantos obreros se dedican á las industrias artísticas.

ESTUDIOS HIGIÉNICOS DEL AIRE, por A. E. Salazar y Q. Newman. — En distintas ocasiones nos hemos ocupado de los importantes trabajos científicos realizados por los Sres. Salazar y Newman, de Santiago de Chile: el que ahora nos ocupa es un estudio notabilísimo sobre el aire en algunos teatros de Valparaíso y Santiago, sobre el aire en algunos locales cerrados y habitados y sobre la inestabilidad del ácido oxálico disuelto en el agua, que ha sido publicado por la *Société Scientifique du Chili*, formando un folleto con tres planchas aclaratorias.

LA ESCULTURA EN LA DECORACIÓN, por José Campeny. — En este discurso, pronunciado en la inauguración del curso de 1895 á 1896 de la Escuela Municipal de Artes y Oficios de la villa de Gracia, demuestra nuestro querido colaborador Sr. Campeny, profesor de aquélla, que si conoce á la perfección la técnica del arte que con tanta brillantez cultiva, domina también las cuestiones que con la aplicación del mismo se relacionan.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJA el nombre y la firma AROUD

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los *flujos*, la *clorosis*, la *anemia*, el *apocamiento*, las *enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *esputos de sangre*, los *catarros*, la *disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del *Agua de Léchelle* en varios casos de *flujos uterinos* y *hemorragias* en la *hemotisis tuberculosa*.
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris

MAREO PELAGINA
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. No frasco, frascos 5, 3 y 1 fr. 69
E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3' 50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. — Depósito ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.
Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la *DIABETIS*.
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^o

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

FRASCO 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
B^o St-Denis 16

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORS, RETARDOS
DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150, R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS